

Padre Bronislao Markiewicz

# **Signos de los tiempos**

Selección de textos y traducción: Zdzisław Urbanik, csma

Buenos Aires 2007

## Palabras liminares

Una nueva oleada de cambios en la sociedad bajo la forma de liberalismo, socialismo, materialismo y múltiples principios modernos que surgían y que amenazaban en el siglo XIX para el padre Bronislao Markiewicz constituyó un desafío para defender a las víctimas ante estas corrientes.

En el contexto de la Revolución Industrial y del reemplazo del trabajo agrícola por la fábrica se originó una inmigración masiva a los centros fabriles, creció la población urbana y se expandieron las ciudades que Markiewicz llama “Babilonias”; surgió una clase obrera, la de los proletarios que vivían en condiciones infrahumanas, manipulados y explotados sin ningún tipo de protección.

Esta situación afectó doblemente a la patria de Bronislao, que no tuvo su existencia política y cuyas tierras fueron ocupadas y repartidas. Las potencias ocupadoras llevaron adelante una intencionada política de pauperización y de eliminación del sistema estatal, el proceso de desnacionalización de los polacos y las persecuciones contra la Iglesia católica.

Al mismo tiempo en Galicia, región donde pastoreaba el beato, no había fuentes de trabajo y se padecía todo tipo de miseria. Crecía el número de huérfanos y carenciados, condenados a la mendicidad. Por falta de programas de educación en esta sociedad, víctima del hambre y del alcohol, el número de chicos con problemas de expresarse por escrito aumentaba día a día, amalgamando una manifiesta y profunda ignorancia religiosa con incredulidad y supersticiones. La juventud se iniciaba muy fácilmente en la delincuencia.

Es en medio de todos estos hechos que se ha de analizar el programa de reparación que ofrece Bronislao y que con tanta fuerza enunciaba en el periódico “Templanza y Trabajo” en los años de 1898 a 1911. En sus disertaciones trasluce con mucha claridad que aquel ejército de los supuestos enemigos del orden social era signo de los tiempos.

El presente libro ofrece algunas de esas intervenciones sobre los problemas sociales de aquel entonces que, a partir de la encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII, tomaran el nombre de “cuestión social”. Demuestra que hay otras formas de pobreza además de la carencia de los bienes materiales, como la religiosa, ocultada bajo la ignorancia; la política que se manifiesta en compra de cargos; la pobreza

cultural, visible en los gastos para las banalidades como la moda; la miseria moral en forma de alcoholismo, chicos abandonados, familias desintegradas y emigraciones. Descubre también la gran preocupación de ese apóstol quien, en la entrega cotidiana a favor de los más humildes, dio testimonio de que cuando aumenta la miseria, también aumentan las redes de solidaridad.

Vivir la espiritualidad de la templanza y trabajo, que forman la personalidad y brindan al hombre las fuerzas para la conformación de su futuro, es una de las vías de solución que propone beato Bronislao Markiewicz.

Padre Zdzisław Urbanik

## Multitudes de pobres

Jesús advirtió que siempre habrá pobres. No obstante, en los tiempos de hoy los hay más que nunca y las estadísticas evidencian el alcance de la pobreza entre las clases más bajas. En nuestro país, que cuenta con una tierra fértil y abundantes recursos naturales, la gente que se abstiene de bebidas alcohólicas, organiza pequeños emprendimientos y recibe ayuda de los familiares que emigraron temporalmente y comparten con ella sus ganancias, tiene una mejor calidad de vida. Pero en general, a causa de la ausencia de fábricas y salarios, muchos sufren la pobreza o están al límite de padecerla.

Cuando, por un lado, se ve el empobrecimiento de las multitudes, por el otro, se acumula la riqueza en manos de pocos, hombres opulentos, que disponen desmedidamente de los bienes y abruma al país y a otras naciones con los productos de sus fábricas. Su desenfrenada codicia se esconde bajo diversas formas de empresas monopolistas que extraen la materia prima, incluso en otros países, para aumentar sus propias arcas.

Hay que reconocer que el Estado, la Iglesia y las clases más altas promovieron el mejoramiento de la situación de los pobres, proletarios y pequeños empresarios, quienes también deben hacer esfuerzos para ayudarse mutuamente. Sin esta colaboración, los mejores medios y las leyes eclesiásticas o estatales carecerán de efecto.

Cada obrero debe practicar la templanza en su familia, es decir, limitarse a lo indispensable; evitar gastos innecesarios para bebidas alcohólicas y tabaco; ser buen trabajador y aunar las fuerzas con los compañeros de oficio, cuya suerte también juega. La unión hace la fuerza, la cual, fundada sobre Dios y la Iglesia, será invencible pues sólo en la religión verdadera se la puede hallar para perseverar en la virtud de la templanza.

Según algunas fuentes, más de la mitad de los gastos para alcohol y tabaco son efectuados por los obreros y pequeños empresarios quienes, de evitarlos, contarían con más dinero, salud, tranquilidad de la conciencia y bendición para la familia; podrían invertir sus ahorros para mejorar la alimentación y las condiciones de vida y colaborar con las obras de misericordia, especialmente con los hogares para huérfanos y niños de la calle, para ancianos y minusválidos, escuelas y capillas en cada pueblo. De esta forma se resolvería la

“cuestión social” sin pedir ayuda a las clases más altas.

El beneficio sería aún mayor si estas obras fueran organizadas en el espíritu de Cristo, quien exige que también los niños renuncien a sí mismos y carguen con su cruz cada día. Jesucristo se rodeaba de pobres con los cuales comía y a quienes *proclamó la Buena Nueva* (Mt 11, 5), aduciendo a los anuncios proféticos de Isaías. No obstante visitaba también a la familia rica de Lázaro en Betania, recibía al acaudalado Nicodemo, a José de Arimatea y a Simón, el leproso.

“Templanza y Trabajo”, 1904, N° 1, pág. 1.

## Miseria moral y material

La gente pobre tiene apenas lo necesario para vivir, es decir, puede satisfacer sus necesidades básicas, pero debe practicar la virtud de la templanza, lo que equivale a moderar la atracción de los placeres y trabajar con gran sacrificio. Más difícil aún es la situación de los indigentes, signo visible de la corrupción de las costumbres, quienes despojados de lo necesario para vivir, extenuados, desanimados e indiferentes a todo buen impulso se exponen, con frecuencia, al peligro de pervertirse y embrutecerse. La desmoralización conduce generalmente a la pobreza material.

Cuando la miseria, fruto doloroso de la trasgresión de los mandamientos grabados por Dios en el corazón humano, afecta sólo a algunos de los individuos, aunque no deja de ser un mal, no constituye un peligro para la sociedad. Sin embargo, cuando la padece una significativa parte de la población, se convierte en una enfermedad mortal, hoy llamada pauperismo.

Puesto que el hombre se separa de Dios, fuente de vida y felicidad, padece la mayor desgracia, la cual desencadena toda clase de pobreza. Mientras haya desmoralización, principal causa de la miseria de los obreros, los más nobles esfuerzos para mejorar la suerte de la gente como nuevas leyes, el aumento de sueldos y el abaratamiento de los precios de productos alimenticios no resolverán dicha cuestión. La fuerza capaz de levantar a los pueblos es la templanza y el trabajo que dignifican al pobre, lo hacen independiente y útil para la sociedad y le procuran satisfacción como recompensa por los sacrificios.

Nosotros hemos de edificar sobre la fe revelada y cierta, procurando elevar la moral del pueblo. La educación desarraigará la miseria, en la medida en que

ayude a conocer las obligaciones de cada persona e inculque las buenas costumbres y el espíritu de trabajo y de templanza, evitando la implementación de programas que promueven el mayor bienestar sin abnegación.

La actitud apostólica de los hombres de la Iglesia católica, escuelas en el espíritu de Dios e institutos educativos inspirados en la templanza y el trabajo contribuirán doblemente a la eliminación de la miseria moral y material en el mundo, es decir, resolverán la “cuestión social” existente.

“Templanza y Trabajo”, 1904, Nº 5, pág. 33.

### La peste social

Cuando en el mundo aparece una enfermedad contagiosa todos los sectores de la sociedad, a saber, las autoridades estatales y nacionales, las asociaciones privadas, los científicos, los sacerdotes y los religiosos, la gente sencilla y todos aquellos que son sensibles al sufrimiento humano hacen esfuerzos para combatirla.

La afección contagiosa y peligrosa en cuestión es el alcoholismo, es decir, el uso inapropiado de vodka, licores, cerveza, vino y otras sustancias alucinógenas. Se trata de una enfermedad de costumbres, física y social, la cual origina una degradación más grave que la del cólera y de otras pestes.

Ella corrompe las costumbres; engendra voluptuosidad y pérdida del -tan apreciado- tiempo; discordias y deterioro en las familias; derroche e incapacidad de ahorro; degeneración y desaparición de los pueblos campesinos y de las naciones enteras; emigración sin objeto y disminución de la población; pérdida de la tierra heredada; incremento de borracheras, crímenes y, por sobre todo, delitos contra la vida y la pureza; proliferación de los pecados que profanan la juventud y la corrompen; aumento de neuropsiquiátricos y de accidentes como incendios, hundimiento de barcos, descarrilamiento de trenes y tragedias en fábricas y empresas; avance de enfermedades neurológicas, anemias, suicidios y fracasos; sofocamiento de la vida de la nación; avance del capitalismo salvaje y rápido y escandaloso empobrecimiento de las clases más bajas.

De esta manera, la gente encegueda con el aberrante vicio, sin murmurar y sin ser obligada se encadena y, en perjuicio de sus necesidades más básicas, deposita

cada día millones de monedas que ganó con tanto sudor, en las alcancías que los capitalistas expusieron al público, es decir, en sus tabernas.

Si no trabajamos para desenraizar el alcoholismo entre nosotros, perderemos la tierra que nos queda, decaeremos física y moralmente y nunca recuperaremos la libertad que hemos perdido. Por ende, todos los que ocupamos los puestos conducentes en la sociedad debemos adherirnos rápidamente a la lucha contra el alcoholismo y declarar que:

- Tibio es este predicador que no golpea frecuentemente a este enemigo de nuestra nación.
- Tibio es este confesor que no advierte diligentemente sobre el uso inapropiado de las bebidas.
- Tibio es este maestro que no despierta en sus alumnos repugnancia por las bebidas alcohólicas.
- Tibio es este profesor de economía que no dedica cada año una disertación profunda sobre el alcohol.
- Tibio es este político que no se propuso como principal fin combatir esta plaga tan grande.
- Tibio es este elector que no averigua qué postura tiene el candidato para la Cámara en cuanto a esta peste.
- Tibio es este médico que no trabaja para despertar el rechazo del alcohol en sus pacientes.
- Tibio es este periodista que no trata con frecuencia este tema.
- Tibio es este alcalde que no vela por el cumplimiento de la ley sobre el alcoholismo.
- Tibio es este intendente que no controla los asuntos de las tabernas.
- Tibio es este asistente social que no piensa en combatir el alcoholismo, su peor enemigo, y se jacta delante del pueblo.
- Tibio es este patriota que día y noche se ocupa del problema nacional, permaneciendo indiferente a esta peste.

Porque la lucha contra el alcoholismo constituye el asunto más urgente, indispensable y patriótico en alto grado.

“Templanza y Trabajo”, 1901, Nº 12, pág. 92.

### Contado, pesado, dividido

Miles de adolescentes que delinquen en nuestro país, en un futuro cercano serán criminales peligrosos. ¡Pobres niños! dignos de lágrimas de sangre y ¡ay de

aquella sociedad que prepara semejante porvenir! Para superar esta situación se deben crear y apoyar prestamente refugios, como los que organiza la Sociedad Templanza y Trabajo. Se debe rescatar a los niños y no esperar que se conviertan en delincuentes. En segundo lugar, se debe apoyar cada esfuerzo que procura renovar la moral del pueblo y, ante todo, combatir el alcoholismo, los juegos de azar y el tabaquismo.

El hombre verdaderamente religioso es moderado, laborioso y capaz de educar a sus hijos. El incrédulo e ignorante en la fe no podrá dominar los impulsos de su naturaleza humana herida, y por lo tanto tampoco podrá enseñar a sus hijos cómo practicar las virtudes de la templanza y el trabajo, de las cuales depende la solución de la cuestión social.

La fe es el primer pilar de la existencia y del poder de las naciones. La nación que se anticipe en practicar la templanza y el trabajo será la primera en la Tierra. Porque no es la cantidad de armas o de bayonetas lo que sostendrá el poder de una nación, sino el número de personas que vivan la fe en la templanza y el trabajo.

“Templanza y Trabajo”, 1903, N° 11, pág. 81.

#### Urgente acción social

En el mundo de hoy es casi imposible que un obrero pueda llevar una vida familiar digna y feliz. La competencia salvaje obliga a hacer productos industriales cada vez más económicos. En consecuencia, las fábricas contratan a mujeres y niños, como mano de obra barata, y se alarga la jornada laboral; los dos esposos salen de su casa pobre -si la tienen- de madrugada y vuelven cansados recién al atardecer, encontrando el mismo desorden que dejaron a la mañana. Lo más grave es que los hijos andan en la calle y con frecuencia entran en conflicto con la policía ya sea por robo o por otra mala acción.

Frente a estas situaciones y en razón de la falta de trabajo, de huelgas o del cierre de fábricas, muchos de los proletarios están obligados a mudarse de las casas alquiladas, que no pueden pagar, y se refugian, cada cual aparte, en tabernas, cobertizos y escondites abandonados fuera de la ciudad, desintegrando más aún la familia y quedando los hijos librados a la suerte de la calle.

En cada país hay miles de niños de la calle y cárceles pobladas por los chicos desprotegidos, fruto amargo del alcohol, robo o apresamiento de sus padres, o a

causa del fallecimiento de ambos o uno de ellos,<sup>1</sup> lo cual no deja de ser una desgracia natural. La situación es grave y nos obliga a hacer sacrificios extraordinarios para resolverla.<sup>2</sup>

No será primero el país que tenga el ejército más numeroso y mayor cantidad de oro depositado en los bancos, diez veces más asegurado, sino aquel que tenga menos personas pobres, hambrientas y menos jóvenes de la calle.

La educación de los niños abandonados y de quienes tienen costumbres amorales es actualmente la más urgente y por ende la primordial acción social que debemos llevar a cabo, porque de lo contrario, todos nuestros esfuerzos y trabajos emprendidos habrán sido en vano.

Quienes cuentan con los mejores medios y tienen mayor influencia en la sociedad deben garantizar los salarios dignos para los obreros pobres y destinar sus capitales a la educación de los niños de la calle en el espíritu de Cristo y en la templanza y el trabajo, únicas acciones que aseguran la vida y los bienes de las élites y de sus hijos.

“Templanza y Trabajo”, 1906, N° 11, pág. 81.

#### ¿Cómo salvar a los pobres?

En los diarios se puede leer con frecuencia acerca de la manera en que el gobierno y las clases más altas deben ayudar a los pobres. También se oye decir que cuando se instalen más fábricas se eliminará la pobreza. Es cierto que si el Estado hiciera todo lo que debería hacer y los ricos se desprendieran de lo innecesario disminuiría significativamente la miseria, pero no se la eliminaría, porque la principal fuerza para desarraigarla y resolver la cuestión social debe salir de los mismos pobres, que gastan millones para alcohol, tabaco, lotería y otras suntuosidades, en vez de invertirlos en alimento, ropa, vivienda y mejor educación para sus hijos. Además deben trabajar más y holgazanear menos.

<sup>1</sup> Markiewicz pone ejemplos y explica esta triste situación que vive Alemania, Italia, el Reino de Polonia y Rusia. Comenta también que en Cracovia, en 1905, en los arrestos policiales hubo cuatro mil cuatrocientos ochenta niños, adolescentes y jóvenes.

<sup>2</sup> Exhorta a los católicos a apoyar los institutos para menores en riesgo y procurar organizar otros nuevos a fin de no tener que crear internados para niños iniciados en el crimen, cuya conducta es más difícil de corregir.

Ante la falta de moderación entre los pobres y la escasez de trabajo que padecen millones de ellos, las fábricas numerosas, los altos sueldos y la generosidad de los ricos no resolverían el problema de la miseria entre los indigentes más que por un breve tiempo, porque sólo la templanza y el trabajo son capaces de eliminarla y proporcionar una vida tolerable entre ellos. Para alcanzar este fin resulta indispensable educar a los hijos de los pobres en estas virtudes.

En nuestro Instituto Educativo les decimos a los jóvenes, de palabra y obra, que deben dominar las pasiones y trabajar según sus posibilidades. Todos comemos la misma comida que los chicos, generalmente frugal, vivimos en la misma casa, trabajamos duro y desinteresadamente con ellos a ejemplo inalcanzable de la entrega, templanza y trabajo que nos dio el Salvador y que nos dejaron los santos, nuestras estrellas guías, que lo imitaron. Nuestra religión con sus medios es fundamento y fuerza principal del sistema educativo que aplicamos. Ella nos inspiró el lema *templanza y trabajo* que, puesto en práctica, contribuirá significativamente a la solución de la cuestión social en el mundo.

Estas dos virtudes son un magnífico auxilio, sobre todo para las clases más bajas, y nosotros vemos que el ejercicio de ellas en nuestra casa nos permitió encontrar -aunque sea en parte- una solución para la cuestión social. Así damos el ejemplo e incentivamos a la sociedad a que aproveche estos dos elementos poderosos.

Lo más importante para nuestro sostenimiento es conformarnos con poco: la templanza que entendemos no sólo como abstinencia en la comida y sobriedad en la bebida, sino también como el dominio de todos los impulsos y pasiones, es decir, la práctica de las virtudes de la pureza, humildad y mansedumbre. Aquí nadie fuma, nadie bebe, nadie juega a las cartas ni a la lotería. Se come muy poca carne, porque es muy cara para nosotros. Así no solamente viven los chicos más pequeños, quienes no ganan dinero, sino también los mayores de pocos recursos. Este ejemplo de los educadores refrena las murmuraciones que puedan manifestarse a causa de la comida pobre y convence a los jóvenes de que la vida en la templanza permite tener paz y alegría y hacer mucho bien para sí y para otros.

Es evidente que instruir a los chicos en la templanza es más difícil que prepararlos para el examen de bachillerato o para un oficio, pero esa juventud de conducta moralmente alta y el amor a Dios y a la

patria, a la que servimos de esta manera y con bastante éxito, nos dan fuerzas y nos colman de alegría, constituyendo así nuestra recompensa más grande en la Tierra.

En nuestro Instituto el trabajo físico e intelectual, desde la mañana hasta la noche, es la primera fuente de sustento para los chicos, mantiene la salud de nuestros cuerpos, nos defiende de las mayores tentaciones, le sirve de ejemplo al mundo cobarde y es el deber agradable que nos había impuesto nuestro Creador y Señor, quien nos prometió ser Él mismo el premio.

“Templanza y Trabajo”, 1904, N° 2, pág. 9.

### Deberes para con los pobres

En el Antiguo Testamento la ayuda a los pobres constituye una condición para recibir la bendición,<sup>3</sup> pero Dios advierte que el auxilio debe ser tal que les impida llevar una vida de mendigo: *Yo te ordeno: abre generosamente tu mano al pobre, al hermano indigente que vive en tu tierra* (Deut 15, 11).

Los textos del Nuevo Testamento narran que amar a los pobres y dar limosna manifiestan gestos de caridad a ejemplo de Jesús, quien en su misión de anunciar la Buena Nueva los amó tanto que se identificó con ellos y ordenó ayudarlos, como condición para entrar en el reino.<sup>4</sup> *El siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza* (2 Cor 8, 9); *no tuvo dónde reclinar la cabeza* (Lc 9, 58), *comió con los pobres* (Jn 12, 2).

San Buenaventura<sup>5</sup> sostiene que la Virgen María, a pesar de ser de la estirpe real, compartió la vida con los humildes, los amó siempre y los ayudó desde su condición. También los apóstoles tuvieron la atención a los pobres como gesto principal de su misión evangelizadora, lo cual san Pablo, que juntaba ofrendas para los carenciados, menciona de la siguiente manera: *Santiago, Cefas y Juan ± considerados como columnas de la Iglesia ± nos recomendaron que nos acordáramos de los pobres, lo que siempre he tratado de hacer* (Gál 2, 9-10).

Sobre este particular amor, el libro de los Hechos de los Apóstoles narra que los ancianos de las comunidades primitivas elegían a diaconisas y diáconos a fin de distribuir mejor la comida para todos los indigentes. También testimonia que a ninguno de

<sup>3</sup> Deut 15, 4.

<sup>4</sup> Mt 25, 40.

<sup>5</sup> *Meditación sobre la vida de Jesús*, 9.

aquellos fieles le faltaban las cosas imprescindibles para vivir, se ponía el dinero a disposición de los apóstoles, para ser distribuido a cada uno según sus necesidades.<sup>6</sup> El amor era tan grande que los paganos decían: “miren cómo ellos se aman”.<sup>7</sup>

La Iglesia de Cristo, además de anunciar el Evangelio y administrar los sacramentos, luchó siempre contra toda miseria. Muchos de sus hombres, especialmente los Padres y los Doctores de la Iglesia, enseñaron que no auxiliar al pobre en su necesidad extrema es quitarle la vida.<sup>8</sup>

Más tarde las fraternidades, asociaciones y órdenes religiosas cuidaron de los necesitados, organizando redes de socorro en el espíritu del Evangelio y de la Iglesia. Otros santos, cada cual según su carisma, se distinguieron también por una ferviente caridad hacia los pobres.<sup>9</sup> Se inspiraron en el amor y a la vez en la justicia, es decir, como pastores se comprometieron a ser fieles al oficio que habían recibido libremente y entregaron todo: las comodidades, el reconocimiento y la salud por las ovejas que les habían sido encomendadas y que estaban en la miseria o necesidad extrema.

<sup>6</sup> Hch 4, 34.

<sup>7</sup> Tertuliano, *Apología contra los gentiles*, cap. 39.

<sup>8</sup> El padre Bronislao deja algunas citas de escritores cristianos, santos y hombres de la Iglesia referentes a esta problemática entre los cuales figuran Lucio Cecilio Firmano Lactancio que en su obra *Instituciones divinas* dice: “Quien puede socorrer a los que están a punto de perecer, si no lo hace los mata” (Libro 6). Luego una frase de san Ambrosio: “Da de comer al que muere de hambre; si no lo alimentas, lo matas” (*Sobre los oficios de los ministros*, Libro I, cap. 30). Una de san Gregorio Magno: “Quienes se niegan a socorrer a los pobres y no dan de lo que han recibido son cómplices de la muerte de sus prójimos que mueren de pobreza” (*Regla Pastoral*, Parte 3, cap. 21). Y dos de santo Tomás de Aquino. En la de la *Suma de Teología* sostiene que “Los bienes temporales otorgados por Dios al hombre son, ciertamente, de su propiedad; el uso, en cambio, debe ser no solamente suyo, sino también de cuantos puedan sustentarse con lo superfluo de los mismos. Por eso escribe san Basilio: «Si confiesas que se te han dado divinamente (los bienes temporales), ¿es injusto Dios al distribuir desigualmente las cosas?, ¿por qué tú abundas y aquél, en cambio, mendiga, sino para que tú consigas méritos con su bondadosa dispensación y él sea decorado con el galardón de la paciencia? Es pan del hambriento el que amontonas, vestido del desnudo el que guardas en el arca, calzado del desvalido el que se te apolilla y dinero del pobre el que tienes soterrado. Por lo cual, en tanto sufres vilipendio en cuanto no das lo que puedes»” (2-2. qu. 32. a. 5).

<sup>9</sup> El autor comenta ampliamente ejemplos de caridad y entrega de algunos de los hombres de la Iglesia como: san Ambrosio, san Gregorio Magno, san Francisco de Sales y san Alfonso de Ligorio.

Los gastos destinados a la alimentación, a una vivienda digna para sí y para las personas que la Providencia divina nos encomendó como por ejemplo los hijos, pertenecen a las necesidades básicas de la vida. Sin embargo, el hecho de pensar mucho en lo que nos pueda suceder en el futuro no es acorde a la enseñanza de Cristo, quien aconseja no inquietarse por el día de mañana.<sup>10</sup> Debe entenderse así porque la vida del alma, es decir, la gracia santificante, representa el mayor bien en el orden de valores que el hombre haya recibido de Dios; en segundo término se encuentra la vida corporal, luego la buena reputación y por último la riqueza. La Tierra, como el ámbito creado por Dios, constituye otro bien que proporciona los frutos para el sustento de todos los hombres y para evitar que nadie sufra el frío y el hambre.

Pero cuando las personas y las estructuras de la sociedad se ven amenazadas por la miseria, efecto de las conspiraciones contra la religión, del pauperismo, las herejías, la incredulidad, las revueltas y las civilizaciones del placer que se potencian cada vez más, la prudencia exige a todos el sacrificio de sus bienes, incluso de los necesarios para su propio estado, la renuncia a los bailes, fiestas pomposas, vestimenta a la moda, los deportes caros y los viajes de placer.

Este espíritu de sacrificio es por el bien de la Iglesia, la patria, los pobres y las futuras generaciones y, sobre todo para la recuperación de los jóvenes desamparados que, a causa de la ignorancia religiosa y la falta de educación, se embrutecen, andan por mal camino, delinquen y se convierten en futuros agitadores del orden social.

Los participantes del III Congreso Internacional sobre la Protección de los Niños, llevado a cabo en Londres en 1902, expresaron que “quien protege a los niños ajenos, cuida el futuro de sus propios hijos”. Se puede decir que protege la civilización que hemos heredado, porque las masas, que no han sido educadas en la fe e incitadas por un puñado de líderes impíos, en la primera oportunidad que tengan, se dejarán arrastrar a la violencia y arbitrariedad más feroces.

Los correccionales de menores -los cuales no deberían existir- y los miles de jóvenes encarcelados en nuestro país constituyen pruebas de que nuestra sociedad no procura la educación de los niños de la calle. *Mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue* (Mt 13, 25). Como castigo por

<sup>10</sup> Mt 6, 25-34.

esta negligencia debemos fundar institutos para niños desamparados, no iniciados en la delincuencia y otros para adolescentes que hayan delinquido, objetivos que se pueden conseguir por medio de la templanza y el trabajo. Estas virtudes, aplicadas según el espíritu de la Iglesia, resolverán la “cuestión social” aquí y en el mundo entero y serán más felices las sociedades que más las practiquen.

Los millones destinados a bebidas alcohólicas, tabaco, juegos de azar y otros gastos inútiles, pueden satisfacer las necesidades de los pobres, garantizar su salud y un mayor bienestar social.

El papa León XIII, en la encíclica *Graves de communi*, aborda esa problemática enseñando de esta manera: “Cede también en honor y justa alabanza de la caridad, el socorrer las necesidades del pueblo, ya no con asistencialismo transitorio, sino también por medio de instituciones permanentes, en las que los necesitados tienen ventajas más estables y seguras. Es aún más digno de reconocimiento el propósito de infundir en el ánimo de los artesanos y obreros el espíritu de ahorro y previsión; para que de este modo puedan, en el transcurso del tiempo, atender al menos en parte a sus necesidades. Tal propósito no sólo alivia el deber de los ricos para con los pobres, sino que a su vez cede en bien de los proletarios, pues estimulándolos a que se preparen un porvenir más prometedor, los aparta de los peligros, reprime en ellos el ímpetu de las pasiones y los atrae al ejercicio de las virtudes. Puesto que es tan útil y apropiada para estos tiempos, es por cierto justo que la caridad de los buenos corra en ayuda con celeridad y prudencia” (13).

Mucha gente de nuestro pueblo contribuyó generosamente a la construcción de centenares de iglesias y escuelas, ofreciendo sus ahorros sin dejar nada para sí. De esta manera dio ejemplo de generosidad semejante a la de esa viuda de condición humilde que colocó dos pequeñas monedas de cobre, a la cual Jesús alabó, diciendo que ella había puesto más que cualquiera de los otros, porque había dado de su indigencia todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir.<sup>11</sup>

San Pedro y sus compañeros dejaron las familias, las redes y todo lo que poseían por el Evangelio y los pobres, porque tomaron con mucha responsabilidad las palabras de su divino Maestro: *Si quieres ser perfecto ve, vende todo lo que tienes y dalo a los*

<sup>11</sup> Mc 12, 44.

*pobres. Después, ven y sígueme* (Mt 19, 21). Detrás de ellos vinieron miles de hombres y mujeres congregados en fraternidades y sociedades, que renunciaron al derecho de poseer riquezas y las dispusieron para los necesitados, dejaron las comodidades y las cosas de este mundo, por el voto de obediencia se despojaron de toda voluntad propia, tan apreciada por el hombre, y paliaron con ayuda material y espiritual toda miseria humana. Para poseer este espíritu apostólico se requiere una vocación especial. *El que pueda entender, que entienda* (Mt 19, 12). Jesús dijo muy explícitamente a los apóstoles: *No son ustedes quienes me eligieron a mí, sino yo quien los elegí a ustedes* (J 15, 16).

Cuando los pobres se encuentran en la necesidad extrema material y espiritual, o cuando la miseria amenaza a toda la sociedad, como parece suceder actualmente, las autoridades eclesiásticas que deben ayudar no sólo *ex caritatae*, sino *ex justitia*, han de sacrificar incluso sus propios bienes, la salud y hasta la vida. En este orden de acciones, han de procurar en primer lugar que los fieles que les han sido encomendados -ante todo los pobres- conozcan a Dios, acudan dignamente a los santos sacramentos para que sus almas no sufran la miseria moral y han de esforzarse también por el bien material de ellos.

Por otro lado, las autoridades civiles deben resolver primero las carencias materiales de los pobres, obligar a trabajar a los que no quieren hacerlo, porque la Escritura dice que *el que no quiere trabajar que no coma* (2 Tes 3, 10); asegurar que en el país no haya vagos ni alcohólicos ni ladrones y encarcelar a los individuos peligrosos. Su deber es preparar a los sordomudos y otros minusválidos para que puedan, según sus posibilidades, ganarse el pan. Deben procurar asimismo el bien espiritual de sus ciudadanos, porque el espíritu sano es una condición importante para la salud del cuerpo. La miseria material, que constituye un mal, trae aparejada la pobreza espiritual y a la inversa. Por consiguiente es urgente que ambos sectores trabajen en armonía, se apoyen en los proyectos comunes y organicen mejor las acciones caritativas privadas y oficiales.<sup>12</sup>

Pidamos a Dios para que el Concilio Vaticano I, interrumpido en tiempos de Pío IX, sea convocado

<sup>12</sup> El autor menciona como ejemplo ciertas irregularidades que sucedían en Cracovia. Algunos de los indigentes no comían ni una sola vez al día, mientras que otros desayunaban, almorzaban y cenaban. A las 7 h iban al convento de las hermanas felicianas, a las 8 a un claustro masculino, a las 9 a un comedor particular, a las 12 a una casa religiosa y para la cena a otra.



nuevamente y pueda encontrar una solución a los asuntos de los pobres de cuerpo y alma, a fin de que en la Iglesia haya pronto tiempos espléndidos, un solo Pastor y un solo rebaño y que reine la fraternidad entre las naciones de todo el mundo.

“Templanza y Trabajo”, 1905, N° 5, pág. 34.

#### Cuatro desafíos

En primer lugar debemos erradicar de nuestras escuelas el sistema que tiende a que la juventud se impregne de la antigua filosofía pagana, se libere de la influencia de la religión cristiana y se sienta independiente de Dios. La mejor prueba de que nuestras escuelas tienen bajo nivel y de que disminuyen las capacidades de los alumnos es la caída económica y moral del país. Una prueba más la constituyen nuestros representantes más estudiosos, los cuales no saben suministrar los medios para mantener el resto de la tierra que nos ha quedado ni evitar que nuestra gente emigre.

Otra tragedia que padecemos es el maldito alcohol, desgraciadamente apoyado con irracionalidad por la gente que ocupa elevados puestos en la sociedad. El alcoholismo representa una herida mortal en el organismo de nuestra patria y se lleva tres veces más dinero del que pagamos en materia de impuestos para el Estado. Para frenar ese gran empobrecimiento y desmoralización del pueblo no solamente debemos instituir leyes que combatan el alcoholismo. También debemos trabajar en hermandades, asociaciones y centros de lectura para curar esa herida, la cual desde hace varios siglos supura en el organismo de la patria y hace que se pierda dinero en cantidad para bebidas, que lejos de aportar algún beneficio, desencadenan la ignorancia intelectual y religiosa, múltiples enfermedades, discordias, degradación de las costumbres, crímenes, incendios, suicidios, cohortes de vagos, pérdida de salud y de tiempo y un espantoso empobrecimiento del país.

El tercer desafío es procurar la libertad religiosa, es decir, la libertad de la Iglesia católica, delineada por los cánones, porque la columna más importante de la vida y del poder de las naciones es la fe. Esta virtud ha de ser fundamento, esencia y condición sine qua non para otros factores de la sociedad y ante la catástrofe que trae aparejada la masonería es la única salvación y baluarte con que contamos.

El cuarto reto para nosotros es procurar la ampliación de la autonomía del país.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 9, pág. 65.

#### Recurso contra los disturbios y guerras

En todos los asuntos importantes la fe verdadera ilumina e inspira para tomar las soluciones más acertadas. El salmo 85/84 dice que *la justicia y la paz se abrazarán* (11-12), lo cual significa que concertarán la amistad y nada las podrá separar. También en Isaías leemos que *la obra de la justicia será la paz, y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre* (32, 17). He aquí la justicia como único medio para prevenir cualquier inquietud y disturbios en la Tierra, aún cuando la gente lo ignore.

Todos hacen grandes esfuerzos para asegurar la paz perdurable para sí mismos, la familia, la sociedad y hasta para el mundo entero. No obstante estos mismos estafan, engañan, roban y no piensan devolver lo que le arrebataron con perjuicio al otro. Quieren la paz, pero demuestran lo contrario con los hechos, porque ofender la justicia es lo mismo que violar la paz.

En muchos campos se comete injusticia individual y colectivamente. Uno se queja porque le robaron, otro porque fue calumniado, éste recibió una sentencia injusta, a ése le retuvieron injustamente el sueldo o le negaron el dinero que prestó, a aquél le quitaron astutamente y sin motivo alguno el empleo, es decir, el pan; a muchos les arrebataron el derecho de enseñar la lengua materna en las escuelas y de hacer discursos en reuniones públicas y en los tribunales, o de rezar y dirigirse a Dios en el idioma patrio; se les usurpó la herencia, el gobierno, las costumbres y tradiciones nacionales cometiendo otras injusticias que claman al cielo. En una palabra, por donde se mira lo que se ve es opresión, explotación, pena, aflicción, falta de justicia y se oyen quejas y maldiciones. Estos males originan discordias y riñas prolongadas, causas y procesos judiciales que traen aparejada la ruina, la desconfianza entre empresarios y empleados, subalternos y superiores, compradores y vendedores.

La justicia y la paz, tanto de los individuos como de las sociedades, representan la causa y el efecto que caminan inseparablemente. Las grandes protestas y guerras constituyen los frutos amargos de las injusticias cometidas individual y colectivamente. Y los pecados mismos se castigan con más fuerza. Sin justicia no podemos alcanzar la felicidad ni en la Tierra ni en el cielo. La paz, es decir, la felicidad en

esta vida es el reino de Dios que pedimos cada día en el padrenuestro cuando decimos: “Venga a nosotros tu reino”. Pero este reino vendrá siempre y cuando nuestros corazones estén preparados para recibirlo.

En la medida en que más personas actúen de manera justa habrá más justicia, paz y felicidad en el mundo, más cerca de nosotros estará el reino de los cielos y nosotros más cerca de Dios, de la perfección y del destino que queremos alcanzar. La justicia empieza con la devolución del bien ajeno que hemos usurpado, con lo cual hemos infligido un daño. Sin restitución no hay justicia.

Hoy uno traiciona al otro, con el objetivo de conseguir un beneficio económico. Esta injusticia la cometen los negociantes y comerciantes que adulteran la mercadería y elevan los precios e inducen a error al comprador para engañarlo y conseguir mejores ganancias. Perjudican a sus consumidores los artesanos que proveen materiales de baja calidad y ofrecen trabajos mal hechos. También los empresarios que explotan a los obreros con tareas excesivas, apartándose del convenio y retienen sus sueldos o parte de ellos. Los deudores cuando pagan fuera de término o no cumplen con la paga a sus acreedores y éstos, a su vez cuando cobran intereses mayores a lo que prescribe la ley.

Hay miles de perjuicios y de abusos que cometen los hombres que se aprovechan de la bondad y credulidad del prójimo o, lo que es peor aún, de su impotencia o de su situación difícil como el hambre y la miseria. No existe circunstancia atenuante que justifique ese tipo de procedimiento, como tampoco los principios ni derechos de un grupo ni la pequeñez del objeto, porque ellos pueden solamente disminuir o agrandar el perjuicio, pero la esencia del hecho sigue siendo la misma y el nombre que le cabe es la injusticia. No importa si se trata de una moneda de oro o de plata, pues si por ella corren lágrimas o sangre el hecho es igualmente torpe y abominable.

¿Cuánta sangre corrió y cuántas lágrimas se derramaron inocentemente en nombre del equilibrio político, los intereses del Estado y su supuesta seguridad o bajo otros pretextos?

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 7, pág. 49.

La misericordia,  
el mejor remedio para las tormentas sociales

Miles de pobres en el mundo se irritan, atormentan y arden de ira contra las clases más altas, amenazando con una venganza implacable. La falta de confianza y caridad recíprocas entre las clases sociales ocasiona desastres incontables, los cuales se potencian día a día. ¿Cómo remediarlo? Porque no venceremos la ira con la ira. No alejarán esta tormenta millones de bayonetas ni la prevendrán las mejores leyes instituidas. Para evitar las perniciosas consecuencias de esa tormenta que se avecina, y con el fin de darle al mundo un mejor rumbo debemos realizar más obras de misericordia cristiana. Hemos de acordarnos más de las necesidades de nuestros hermanos pobres que están resentidos contra nosotros. El odio cederá solamente ante el amor que encendió Jesús en la Tierra.

Si queremos ser partícipes del premio de la paz y de las bienaventuranzas prometidas por Cristo debemos vestir al desnudo, instruir al que no sabe, dar buen consejo al que está en duda, consolar al triste y dar techo a quien está desamparado. Y si no podemos recibirlo en nuestro hogar es nuestro deber dar la limosna para instituciones de beneficencia que cuidan de los indigentes. Debemos colaborar especialmente con aquellas que se ocupan de los niños pobres y abandonados, porque el futuro será tal cual es la educación de los jóvenes de hoy.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 1, pág. 5.

### Dos pilares de la vida social

El mundo se derrumba porque la gente eliminó el trabajo y la templanza, dos pilares de la vida social, y en la educación acentuó la instrucción intelectual y la ciencia. En cambio el Creador nos exhorta, bajo la pena de perder el pan y la salvación, a mortificarnos y a trabajar. Él dice expresamente: *ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado* (Gn 3, 19).

*El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga* (Mt 16, 24), añade Jesús, cuyas palabras significan: no sólo yo, el Salvador, he sufrido y me he fatigado, sino también ustedes, mis discípulos, si quieren estar conmigo en el cielo deberán sufrir y trabajar; someter la inteligencia, la voluntad y todas sus obras a las exigencias de los mandamientos de Dios; entregar el cuerpo, con todos sus sentidos e instintos, al permanente servicio de

Dios y trabajar por su gloria, *porque la carne desea en contra del espíritu y el espíritu en contra de la carne* (Gál 5, 17).

Para no perecer en esa lucha, pues no es fácil llegar a ser laborioso y moderado, se debe dominar el cuerpo y corregir las inclinaciones naturales, tal como el jinete doma un potro para no caer en el precipicio. En este esfuerzo, que nos había puesto el Creador, nos precede el Hijo de Dios, en la carne mortal, que no escatimó fuerzas ni un momento a fin de animarnos para que diéramos una verdadera muestra de abnegación. Jesús trabajó con aplicación en el taller de José, sufrió y entregó la vida en el terrible suplicio de la cruz. Sin medida y sin pedir nada a cambio nos enseñó cómo deberíamos vivir. Lo sigue muy de cerca su Madre Dolorosa, quien también llevó una vida laboriosa y sacrificada. Detrás de ella vienen miles de santos que *han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos* (Gál 5, 24).

Sin embargo, hoy en todas partes y lamentablemente entre las naciones cristianas se difunde el pensamiento de entregarse a la buena vida y de trabajar lo menos posible. El dinero, el poder, el ocio, el placer y los honores representan los más altos ideales para mucha gente, en tanto el trabajo fatigoso y la templanza cristiana son despreciados comúnmente. Sólo trabajan y sufren los que no tienen otra alternativa y, en general, hay menos personas laboriosas y moderadas en el espíritu de Cristo. Muchos ignoran que estas dos virtudes recompensan cien por ciento en esta misma vida, y que por descuidar tan sólo la mortificación sobrevienen las desgracias temporales y el castigo eterno.

El mundo cobarde no quiere aceptar el remedio amargo de la mortificación para sanar las enfermedades del espíritu, cuando en realidad es justamente ella, la que libera de la ebriedad de los sentidos que hieren el alma y la llevan a la perdición.<sup>13</sup> A través de la mortificación expiamos, ya en esta vida, las penas temporales que merecemos por nuestros pecados; ella nos da la tranquilidad de la conciencia y satisfacción en esta vida, eleva nuestra alma a las realidades celestiales y la torna dispuesta a unirse a Dios, porque solamente el hombre sacrificado conserva el don de la oración, indispensable para la salvación.

La mortificación, es decir, las virtudes del trabajo y la templanza, constituye la condición necesaria y

abundante fuente del bienestar en la vida presente y de la unión con Dios en la eternidad. El trabajo y la templanza son los pilares más importantes de la vida social, porque sólo allí donde se los practica pueden haber la prosperidad, la salud, la fuerza, la paz, la libertad y la independencia; en cambio, donde una gran franja de la población no las tiene en cuenta sobrevienen -como da pruebas la historia- gastos millonarios inútiles, miseria, cárceles y neuropsiquiátricos repletos, soldados desertores, familias desintegradas y naciones exterminadas.

Para que la mortificación dé frutos debe extenderse a todas las facultades del alma; esto es entendimiento, voluntad e imaginación y a los sentidos: vista, oído, gusto, tacto, olfato y a todos los bajos instintos, en especial a la altivez. La mortificación, que se debe practicar permanentemente -pues las pasiones acechan hasta la muerte- también ha de ser prudente, dependiendo de la edad, fuerzas, situación, estado y vocación; luego ha de ser santa, ya que obedece a motivos sobrenaturales, sobre todo al amor a Dios.

Es indispensable no sólo instruir a la juventud en estas dos virtudes y darle el ejemplo, sino crear en ella el hábito de practicarlas fervorosamente. Sobre dichas fuentes de progreso y de felicidad se ha de hablar en todas nuestras reuniones, se ha de orar diariamente por la comprensión y la realización de estas dos condiciones de la bienaventuranza perdurable; sobre estos dos pilares de la vida social debemos construir nuestro sistema escolar y educativo. De esta manera encontraremos una multiplicidad de medios para mejorar la vida de nuestra gente y la de las naciones vecinas; se extenderán sobre la Tierra los lazos de fraternidad entre los pueblos y surgirá el más glorioso tiempo en la historia de la humanidad.

“Templanza y Trabajo”, 1904, Nº 10, pág. 73.

#### Dos principales fuentes de bienestar y felicidad

Se escribe y se habla sin cesar sobre los derechos y poco sobre las obligaciones. Son muchos los que quieren recibir y pocos los que quieren dar, tornándose cómplices de la cuestión social. No obstante, *la felicidad está más en dar que en recibir* (Hch 20, 35). Todos se quejan porque la Tierra está superpoblada, porque falta el pan y reina la miseria, a pesar de que el campo produce tantos alimentos que podemos exportarlos a las naciones vecinas.

La gente de otra época fue solidaria y feliz, porque respetó más los nobles principios de la fe, se sintió

<sup>13</sup> Flp 3, 19.

más comprometida con sus obligaciones y, sobre todo, porque practicó la templanza y el trabajo; tuvo en cuenta que cada cristiano, en el camino de la salvación, debe llevar la cruz, es decir, trabajar, cumpliendo fielmente los deberes, tener el dominio sobre los sentidos y mantener los deseos en los límites de la honestidad según los mandamientos de Dios y a la luz de la sana razón.

Por consiguiente, reivindicó las virtudes de la templanza y el trabajo y les doy carácter de escudo y de estandarte, bajo el cual lucharemos y actuaremos no solamente con la palabra hablada y escrita, sino con obras y con toda nuestra vida. Con este fin hemos fundado la Sociedad Templanza y Trabajo que, de modo singular, emprende la tarea de inculcarle estos dos principios a la generación joven. Fundaremos hospicios para la juventud pobre y desamparada, primeramente en el país y luego entre los emigrantes.

En nuestros institutos se enseñará que la primera obligación de cada cristiano consiste en la abnegación y la segunda, en el trabajo. Si estas dos divisas entran en la sangre y en la mente de la gente, tanto Dios como los valores de la vida social -la familia, la patria y la propiedad- serán profundamente reconocidos. Contra estas dos virtudes, nuestra naturaleza herida y la incredulidad moderna, a través de la expresión “Pan y toros”, se revelan con todas sus fuerzas. Los antiguos tuvieron por lema *panem et circenses* y hoy en día, la muchedumbre grita: “sacien nuestra sed de placer y de descanso”. Unos y otros buscan un paraíso en la Tierra, lo cual es una esperanza ilusoria.

Nosotros, por el contrario, reivindicamos los verdaderos principios que exigen despojarse del hombre viejo y de sus obras y revestirse del hombre nuevo<sup>14</sup> que es Cristo Jesús; que no hay atajo sin sobriedad y trabajo, que la templanza es la madre y fuente de cada virtud, que la falta de moderación ocasiona todo mal, que la sobriedad y la mesura son los más fuertes guardianes de nuestra salud.<sup>15</sup>

¿Cuántos millones se gastan en bebidas? ¿Cuántos para suntuosidades? y ¿Cuántos se pierden a causa de la negligencia en el trabajo, fiestas prolongadas de casamientos y de convites después de un funeral y otros festejos organizados inclusive por la gente

<sup>14</sup> Ef 4, 22-24; Col 3, 5-9; Gál 3, 26.

<sup>15</sup> Bronislao Markiewicz comenta que, según las estadísticas que proporcionaba el gobierno de Galicia, donde circulaba la corona, unidad monetaria del Imperio Austro-Húngaro, se gastaban millones de coronas solamente para vodka, mientras decenas de miles de hombres morían, cada año, a causa de la miseria.

sencilla y de pocos recursos? Con más razón debemos enseñarle esos principios al pueblo, que vendió a manos ajenas la mitad de la tierra que había heredado de sus padres y que pierde debido a la vida desenfadada y ociosa la poca que le resta.

Por dichos motivos nuestros educandos no recibirán bebidas alcohólicas. A ejemplo de los campesinos, nuestra alimentación será preferentemente vegetariana, porque la carne despierta la voluptuosidad y la ira y es cara, a pesar de no ser el mejor alimento. Los recursos que nos conceda la Providencia nos servirán para educar a los chicos, no para que sean señoritos, sino hombres de trabajo que se contentarán con poco.

Apoyaremos todo tipo de trabajo, sobre todo el físico, pues fortifica al hombre para superar las dificultades; constituye la fuente más segura de sustento y la obligación de la juventud pobre, porque la sagrada familia trabajó toda la vida sin avergonzarse de ello. Sin embargo, daremos primacía a las labores agrícolas que fueron y serán la base para dicho sustento, a las cuales se desprecia desgraciadamente en todos los países, cuyo signo visible es la emigración de las multitudes de campesinos en busca de un trabajo fabril en las ciudades. Es por ese motivo que se multiplican urbes, se organizan complots y sediciones, se desata la bancarrota y la corrupción. Y la tierra, al no ser labrada por falta de mano de obra, no produce los frutos esperados.

Cultivaremos de manera especial la pureza, parte de la templanza, y otras manifestaciones de esta santa virtud, a saber la humildad, la mansedumbre y la bondad, que templan el ímpetu de las pasiones como la altivez y la ira.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 1, pág. 1.

### Formación de grandes caracteres

El término “carácter” podría definirse como la firmeza de comportamiento que reside en la inmutable fuerza de voluntad. Esta fuerza, una vez formada, hace que el hombre no se agite como la caña por el viento, sino que siga fiel a los propósitos asumidos de modo tal que ante las diversas dificultades es más probable quebrarse que torcerse.

Solamente gracias a los grandes caracteres se pueden realizar y sostener obras importantes. En los asuntos vitales de nuestra patria y en la vida pública, desde hace centenares de años, se toman en cuenta los

intereses particulares, familiares o partidarios y se ignoran las normas establecidas. Las personas que han ocupado altos cargos, con frecuencia impropriamente, buscan sus propios intereses, los de sus parientes y amigos, trasgrediendo los principios morales de nuestra fe y los imperativos de la sana razón; en una palabra, buscan lo que es importante ante los ojos del mundo. *Su dios es el vientre y sólo aprecian las cosas de esta tierra* (Flp 3, 19). A causa de la falta de fe y de educación fundada en la religión verdadera hay entre nosotros pocos héroes y muchas personas de vil carácter.

En consecuencia estamos divididos en partidos y camarillas, e incluso, la gente del mismo partido desconfía uno del otro, y ante cada modificación de altos puestos, oscila y cambia de postura para obtener mejores réditos. Sólo la educación que basa en la religión verdadera es capaz de formar caracteres valientes, es decir, gente de principios firmes que puede realizar grandes obras. Porque la fe verdadera, revelada por Dios, puede reconciliar al rico con el pobre, al superior con el súbdito y al noble con el campesino.

En nuestros institutos los chicos, en señal de gratitud a Dios por tales beneficios, ofrecen la santa comunión, agradecen antes y después de la comida, aún la más pequeña, y al empezar y terminar un trabajo o un recreo, dicen un avemaría, convencidos de que sólo con la bendición de Dios puede tener éxito un emprendimiento. Cuando encuentran gente trabajando le desean amablemente que tenga suerte, diciendo: “Dios lo bendiga”. Por un favor agradecen con: “Dios se lo pague”. Estas pequeñas prácticas piadosas ayudan a los chicos a profundizar la verdad de que todo lo bueno viene de Dios, y a evitar que se vanaglorien de un éxito alcanzado.

Para formar grandes caracteres se debe explicarle a la juventud que el verdadero fin del hombre es servir al Señor y alcanzar la salvación, que todo, a excepción del pecado, viene de Dios. También impulsarla a agradecer por cada gracia cuando participe en una celebración religiosa y enseñarle con frecuencia las palabras del Salvador: *¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?* (Mt 16, 26).

No han de inculcar en los niños deseos de alcanzar altos puestos, poseer riquezas y elevar el esplendor de su familia, porque estas ideas no los acercan a Dios. Tampoco, en presencia de los hijos pequeños, habrán de elogiar a otras personas por ser ricas, respetadas, bellas o felices o por llevar una vida cómoda; ni

despreciar a los pobres, poco agraciados o menos habilidosos; si en la casa ocurre una desgracia no deberán quejarse, sino más bien decir que se trata de un infortunio y no de un pecado que debe entristecernos. Y al elogiar a los hijos por hacendosos o por sus buenas notas, deben inmediatamente acotar que es bueno procurar las cosas de este mundo, pero más importante aún es buscar la salvación del alma. La juventud absorta con estas verdades, cuando sea grande, no correrá tras las riquezas, honores y dignidades en contra de la enseñanza de Dios.

Por estos mismos motivos se ha de enseñar permanentemente que, para entrar en el cielo, se debe cumplir con fidelidad todos los mandamientos de Dios y los preceptos de la Iglesia; que el compromiso está en primer lugar, pues precisamente la característica de nuestra sociedad cobarde es la falta de compromiso. Más de uno penosamente o a través de caminos tramposos, llega a ocupar un puesto y se beneficia con él, pensando poco en el cumplimiento de los deberes que requiere ese cargo.

Tenemos muchas personas bien instruidas, universidades y escuelas politécnicas, en una palabra, contamos con un gran potencial intelectual. No obstante, hay muchos analfabetos que desconocen las principales verdades de la fe, necesarias para la salvación. Poseemos bastante tierra y suficientes capitales que depositamos en los bancos fuera del país, sin embargo no sabemos, o más bien, no queremos salvar a millones de nuestros pobres, explotados por un puñado de individuos torpes de otra religión y lengua. También con los brazos cruzados, miramos cómo miles de personas emigran cada día por falta de trabajo y ganancias, cómo se perjudican a sí mismas y a los que descuidan responsabilidades que asumieron en la sociedad. De esta manera aumentan los fracasos nacionales.

El mundo de hoy hace sólo lo que es de provecho momentáneo y no se ocupa de los problemas que causan daños tan graves; son pocos los que preguntan qué deben hacer y muchos los que actúan según las ganas que tienen, o hacen lo que le gusta a la gente y lo que elogian los diarios, cuando en realidad nuestra felicidad temporal y eterna no depende de las obras que complacen al mundo y al hombre, sino del cumplimiento de la voluntad de Dios.

Este es un motivo más para apelar frecuentemente a la conciencia católica de los jóvenes, en particular cuando oyen pronunciamientos contrarios a los mandamientos de Dios. Existen casos en los que

ciertas personas que tienen influencia en la juventud, le transmiten ideas contrarias a la moral de nuestra fe o se burlan de los que cumplen los preceptos del Decálogo.

El pecado mortal, es decir, la trasgresión voluntaria de la ley divina en materia grave, representa la mayor desgracia, porque nos priva de la amistad de Dios y nos expone a la perdición. Por eso es necesario animar a los jóvenes que eviten ese peligro y examinen diariamente la conciencia en las oraciones. El recurso más eficaz para alcanzar esos fines es el sacramento de la penitencia, al que se ha de acudir frecuentemente.

Una buena obra tiene méritos ante Dios cuando no está hecha por motivos terrenales, sino en estado de gracia y con intenciones puras de agradarlo sólo a Él, postura que forma caracteres rectos. Se ha de inculcar en la juventud el hábito de orar por la perseverancia en gracia y por las virtudes necesarias, en particular la santa pureza; acostumbrarla a la mortificación interior y exterior, es decir, a la abnegación de sí mismo y a llevar la cruz cada día.

Todo esto se debe enseñar mostrando modelos, aunque inalcanzables, de Jesús y la Virgen María, así como ejemplos de los santos. La Iglesia muestra millones de ellos, inmaculados, puros, valientes y de grandes caracteres, que no se dejaron vencer por ninguna tentación terrenal, persecución, tormentos, martirio ni una muerte infame. Esos justos se sintieron felices, cambiaron la faz de la Tierra y alcanzaron la vida eterna. A ellos les debemos el verdadero progreso y la educación en el mundo. Las estrellas guías de nuestra juventud deben ser los santos y no los héroes del mundo pagano.

La juventud formada con dichos ejemplos no perderá la paz ni la sensatez, incluso ante los más graves peligros y amenazas no se desanimará nunca; siempre sabrá superar las dificultades y contrariedades, por más difíciles que ellas sean; luchará con valentía contra los adversarios, y si desfallece a causa de un arrebato se levantará enseguida, y con más fervor y humildad, cumplirá sus deberes.

En cambio la educación que no se basa en los principios de Cristo, aunque lleve al hombre a los más altos puestos y le conceda riquezas y honores, nunca le dará la satisfacción ni la tranquilidad debidas, pues su fuente son solamente Dios y sus verdades inmutables. Esta persona las vicisitudes de la vida las resuelve con mentiras, hipocresías, sobornos,

crímenes y pactos, incluso hechos con las fuerzas más oscuras; y cuando estos viles cometidos no resultan, todo acaba en desesperación, locura y hasta en suicidio. Tampoco fomentará la paz y la felicidad, porque nunca conoció la dicha verdadera, sino la desilusión, la desesperanza y el fracaso.

“Templanza y Trabajo”, 1900, Nº 4, pág. 25.

Catequización,  
la primera y la más urgente ayuda para el pueblo

El Creador advierte por el profeta Oseas que *no hay fidelidad ni amor ni conocimiento de Dios en el país.*

*Sólo perjurio y engaño, asesinato y robo, adulterio y extorsión* (Os 4 1-2). El desconocimiento de las verdades necesarias para la salvación es la principal causa de la inmoralidad, como la noche hace que el viajero pierda el camino, explica santo Tomás.

En el mundo actual reina el caos y estallan disturbios que se potencian cada vez más. Se nota asimismo la ignorancia religiosa en todas partes. En nuestro país, donde hay pocas iglesias, por lo cual la palabra de Dios se predica menos, se extendió pavorosamente el alcoholismo, el cual cada año devora fortunas y es la causa de la pérdida del suelo patrio a manos de gente de otra religión y lengua. Este vicio origina discordia en los hogares; arruina la salud física del pueblo y debilita sus fuerzas espirituales, lo arroja más allá de los océanos y a muchos los priva de la salvación eterna, el peor de los destinos. Dicha plaga, sumada al avance del socialismo, constituye pruebas evidentes de la profunda ignorancia del pueblo, que un pastor lamenta: “Hay pocas parroquias con personas adultas que conozcan las verdades de la fe. Algunas nunca las conocieron y otras las olvidaron”.<sup>16</sup>

El autor de *Tres Palabras*,<sup>17</sup> quien como sacerdote durante 35 años trabajó en el país y fuera de él, escribe lo siguiente: “Sé de una parroquia reconocida por la sobriedad, ahorro, laboriosidad y generosidad para las obras de bien, donde los sacerdotes daban catequesis y sermones y, sin embargo, uno de ellos encontró allí hombres y mujeres de más de treinta años que no conocían ni a Dios ni a Jesucristo y que, después de ser bautizados, jamás entraron en una iglesia ni se acercaron a los sacramentos. ¡Y cuántos

<sup>16</sup> De *Conferencias espirituales II*, pág. 138, de Segismundo SzczŚsny FeliĔski (1822-1895), arzobispo de Varsovia, beato, que debió exiliarse en Rusia, donde estuvo veinte años, perseguido por la policía zarista.

<sup>17</sup> Markiewicz, Bronislaw, *Tres Palabras*, 2005, Buenos Aires, pág. 51.

hay que creen que el santo más dorado es el más importante de todos, como también se preguntan acerca de si Dios está con los ricos o con los pobres!

“La ignorancia favoreció la escalada de terror de la Revolución Francesa y, últimamente, los terribles desmanes y blasfemias de los manifestantes en Francia e Italia. La descubriremos, también, en los organizadores de los disturbios en las grandes ciudades, si nos ponemos en contacto con ellos. En las cárceles veremos que la mayoría de los convictos nunca recibió enseñanza cristiana elemental. En referencia a esta situación el profeta Isaías lamenta: *Mi pueblo será deportado por falta de conocimiento; sus nobles morirán de hambre y su muchedumbre se abrasará de sed* (Is 5, 13)”.

Un hombre simple que padece ignorancia religiosa, no puede responder a sus obligaciones para con su familia, municipio, patria o Dios, porque el conocimiento de las verdades de la fe constituye el fundamento de la instrucción del pueblo. Se trata de conocer, principalmente, la enseñanza de la Iglesia católica, la única que posee la plenitud de la verdad y los medios de salvación, los cuales llevan a la bienaventuranza en esta vida y en la futura. Es razonable que los grandes hombres de la Iglesia hicieran tantos esfuerzos para inculcar los principios de la santa fe en lo hondo de corazón de la gente.<sup>18</sup>

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 5, pág. 33.

### Instruir en la templanza y el trabajo

Los artesanos y los obreros de hoy llevan una vida miserable. Es cierto que cuando son pródigos, pueden

---

<sup>18</sup> Bronislaw Markiewicz deja varios ejemplos que demuestran esa entrega: los apóstoles, san Pablo, los Padres de la Iglesia, especialmente san Crisóstomo y san Gregorio Magno que predicaba diariamente. San Francisco Javier que deja Europa y se dirige a la India, donde, descalzo y con vestimenta pobre se abre paso a través de las montañas y bosques para evangelizar en los templos, plazas, casas, refugios y campos. San Carlos Borromeo, cardenal y obispo de Milán quien, peligrando su vida, iba a pie por los Alpes para visitar las aldeas y proclamar la palabra de Dios a sus fieles; compuso el “Catecismo Romano” y fundó la llamada Confraternidad de Enseñanza Cristiana, en función de impartir la doctrina entre los campesinos. Más tarde imitaron su ejemplo Jorge Tyszkiewicz, el piadoso obispo de Lituania, y Andrés Szeptycki, metropolitano en Galicia y Rutenia. Demostraron esta entrega: san Francisco de Sales y san Fidelis Rey. También cita ampliamente una carta pastoral sobre la catequesis del obispo de Leópolis de rito latino, José Bilczewski, canonizado el 23 de octubre de 2005. Asegura que la fe del pueblo polaco era ardiente gracias a la predicación y la entrega de los santos Adalberto, Jacinto, Juan de Dukla, Andrés Bobola, Josafat y los beatos Ceslao y Santiago Strzemieńczyk.

subsistir y ahorrar algún centavo para los momentos críticos, pero muchas veces apenas les alcanza para vivir, a pesar de trabajar mucho y de no beber.

Muchos dirán que los albañiles ganan bastante, porque en el verano reciben un valor que podría ser muy bueno también en el invierno,<sup>19</sup> pero dado que en esa estación disminuye la demanda laboral y que son padres de familia, sus esposas y sus hijos sufren muchas necesidades. Más difícil aún se presenta la situación de muchos de los operarios poco calificados, que deben hacer largos viajes en busca de trabajo; nunca comen carne, salvo para la Pascua o la Navidad, siempre y cuando antes hayan economizado. No se benefician con vacaciones ni distracciones y, por supuesto, no pueden beber vodka, costumbre que ocasionaría forzosamente pobreza en su familia y la empujaría a la mendicidad e incluso al robo. En el campo existe mucha pobreza y sólo un tercio de su gente vive medianamente bien, ya que el resto lleva una vida muy sacrificada.

El ocio, el cual es efecto de la embriaguez que constituye una costumbre enraizada, hace que falte dinero para alimentos básicos. A los amantes de las copas los golpea la miseria y ni siquiera pueden progresar en la tierra de la que mana leche y miel. El alcohol no apaga la sed, sino que potencia las ganas de beber, debilita la más noble facultad del alma que es la voluntad, se transforma en una pesadilla que atormenta permanentemente y no permite emprender ningún trabajo.

Es por eso que se ha de educar al pueblo para la templanza y el trabajo afanoso. Esto se puede llevar a cabo por medio de misiones y retiros populares. Los fondos económicos destinados a las escuelas serán en vano, si antes no se enseñan estas dos virtudes.

En cada distrito se pueden crear institutos de educación para niños pobres y desamparados, a fin de instruirlos con ejemplos en la templanza y el trabajo, porque cada buena educación se funda en el testimonio y no en las palabras, por más lindas y sabias que sean. En tales institutos los educadores y los educandos han de alimentarse moderadamente,

---

<sup>19</sup> Markiewicz habla de 4 coronas por día. En una carta (N° 149) escribe que la manutención diaria por persona en el Instituto Educativo de Miejsce Piastowe eran 28, 5 haleros, que para una corona se necesitaban 100 unidades. Hace referencia a los salarios diarios del herrero, zapatero y sastre. Cita también datos de la Bolsa de Trabajo de Cracovia de 1908 que proporcionó un índice de sueldos básicos para los jornaleros de Galicia que trabajaban en Dinamarca, Suecia, Chequia y Alemania.

como lo hacen los campesinos de la comarca, tomar agua de manantial y ganarse el pan de cada día con su propio trabajo, cada uno según su capacidad.

No son aptos para este compromiso, aquellos que para el almuerzo se sirven un menú de cuatro platos y toman vino o cerveza, porque en la educación el testimonio es decisivo y aquí se trata de que la juventud pobre se ejercite para contentarse con poco, a saber, para la virtud de la templanza que necesitamos más que otros pueblos.

Vemos que el obrero debe moderarse mucho para poder vivir del sueldo diario, que apenas le alcanza para almorzar dos platos sobrios, más bien sin carne, y para tomar agua. Debemos educar entonces teniendo en cuenta a cada persona, para no fracasar ni formar millones de gente disconforme, ni engrosar los listados de partidos que promueven las revueltas.

La nación más rica y poderosa no es la que tiene miles de millones en los bancos y gasta para tener una vida fácil, sino la que se contenta con poco, ama el trabajo -en especial el físico y el del campo- que constituye el primer y más importante pilar del progreso y bienestar de una nación. Es más que evidente que sólo la templanza y la entereza en el trabajo elevan a los individuos y a las naciones. En cambio la saciedad, la intemperancia y la holgazanería originan la caída, tal como sucedió con nuestro país.

No hay que despertar ilusiones en la gente ni en nosotros mismos. Nunca crearemos el paraíso en la Tierra, porque ésta será siempre el valle de lágrimas y lugar de penitencia, según la palabra de Dios infalible: *con fatiga sacarás alimento todos los días de tu vida y ganarás el pan con el sudor de tu frente* (Gn 3, 17-18). Así enseña también el divino Maestro y Dios, nuestro Señor Jesucristo, que vivió pobremente con su madre Virgen María, con José, su protector, y con los apóstoles, humildes pescadores.

Cuando Jesús dijo: *a los pobres los tendrán siempre con ustedes y podrán hacerles bien cuando quieran*

(Mc 14, 7) hacía alusión a la cuestión social. Para resolverla y cambiar el mundo, él no hizo alianza con Herodes, ni con Pilato, ni con los fariseos, ni comió como ellos, sino que vivió como los pobres, a quienes anunció la Buena Nueva. Lo siguieron sus apóstoles, que fueron imitados por grandes hombres enviados para convertir el mundo.<sup>20</sup>

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 10, pág. 73.

### Los métodos de una buena educación de la juventud

Así como hay distintas capacidades, caracteres, estados y vocaciones, también existen diferentes métodos para educar a los niños. La educación, como el arte de las artes y el desafío más importante en la vida, es mejor cuando toma en cuenta la edad del niño, sus capacidades, su salud, las condiciones en las que vive, su vocación y su destino eterno. Es obvio que una buena distribución de cargos y la especialización actualizada contribuyen al éxito.

Las familias constituyen el mejor clima para la educación de los hijos, porque Dios derrama el amor paternal sobre los padres y a través de la consagración matrimonial les da la gracia sacramental para educarlos. Son los padres los que más conocen el carácter, las inclinaciones, las condiciones y la vocación de sus hijos. Ellos también los cuidarán mejor que otras personas. Justamente miles de personas destacadas y santas recibieron una educación buena y diligente en su propia familia. Un ejemplo de esto lo representan los hogares de santa Felicitas; Anthusa, madre de san Juan Crisóstomo; Ana Cavalieri, madre de san Alfonso de Liguori; Margarita, madre de san Juan Bosco.

Sin embargo, por los insondables designios de la Providencia divina, algunos niños quedan huérfanos de madre, de padre o de ambos. Se dan también casos de padres que, a causa de un infortunio particular, no son capaces de educar a sus hijos o están muy ocupados por el trabajo y no tienen tiempo para cumplir con dicha obligación. En tales situaciones otras personas, principalmente los familiares, deben hacerse cargo de la educación de los chicos, si son virtuosas, preparadas y disponen de tiempo y buena voluntad.

En caso de ausencia de dichos factores se habrá de inscribirlos en institutos de educación privados o conducidos por asociaciones u órdenes religiosas según la condición y el estado social de cada niño. La historia nos enseña que muchos hombres<sup>21</sup> han

<sup>20</sup> Como ejemplo menciona a santo Domingo de Guzmán.

<sup>21</sup> El autor presenta a unos cuantos de ellos: San Pedro Damiano, santo Tomás de Aquino, san Juan Cancio, san Juan de Dukla; beatos Simeón do Lipnica y Ladislao de Gielniów; Nicolás Copérnico, Pedro Skarga, Teresa Marchocka, carmelita descalza, Félix Peretti, después Sixto V, papa.



recibido formación en los claustros, escuelas y centros religiosos.<sup>22</sup>

Así pues se requieren institutos para la educación de jóvenes provenientes de la clase alta, de la clase media y, sobre todo, para los abandonados y excluidos, cuya cifra asciende, tan sólo en Galicia, a más de cincuenta mil. Da la casualidad que entre estos últimos hay muchos expósitos y huérfanos; pero abundan también los casos -antes nunca vistos- de niños cuyos padres no quieren o no pueden educarlos ni encaminarlos hacia el futuro. Desgraciadamente estos están destinados a una peor suerte que los expósitos y huérfanos. Porque un municipio y un juzgado se ocupan del huérfano, haciéndolo ingresar en una familia o en un instituto, en tanto que los chicos abandonados con padres que viven de “changas” o que están sin trabajo, vagan frecuentemente por las calles con hambre, carentes de cuidado, harapientos y expuestos a la desmoralización, en la cual caerán, tarde o temprano, si la sociedad no los rescata.

Las autoridades del país deben propiciar una educación a todos ellos para convertirlos en personas religiosas, patrióticas y laboriosas dentro de la sociedad. Se han de fundar sanatorios para niños enfermos, asociaciones autónomas e institutos de menores para desamparados, bebés, infantes hasta la edad de 7 años, mujeres y varones sanos hasta los 16 y 18 años cumplidos respectivamente, con el fin de educarlos y enseñarles un oficio.<sup>23</sup> Cada una de esas secciones educativas aplica medios diferentes para alcanzar sus propios fines. Todas exigen que los profesionales tengan vocación, capacidades peculiares, debida preparación, experiencia y conocimiento de las tradiciones, del ambiente, necesidades y exigencias del grupo que atienden; además la conciencia de que los niños han de ser educados en condiciones en las cuales vivirán en el futuro.

Los chicos de la calle no ponen exigencia alguna, pero esperan que los educadores sean hombres virtuosos y tengan mucho amor en su corazón; que representen para ellos padre, madre, maestro, amigo, el mejor protector después de Dios y garantía del futuro, en una palabra, esperan todo de ellos.

<sup>22</sup> Menciona a los jesuitas, escolapios, basilianos, teatinos y barnabitas que administraban tales centros.

<sup>23</sup> Se refiere a una ley húngara que dicta ocuparse, por separado, de los chicos que padecen las mismas enfermedades físicas o espirituales, infantes delincuentes, niñas y varones descuidados, minusválidos como ciegos, sordomudos y con deficiencia mental.

Por otra parte el formador sustituye a los padres, trabaja día y noche por el bien de los chicos, procura su alimento, vestimenta y habitación; cuida de su alma, de su vida, proporciona sus conocimientos; con ellos come según la costumbre del lugar, comparte y soporta los efectos de la pobreza que está al borde de la miseria, pero también se alegra cuando tienen algo de comer y con qué vestirse. Su principal objetivo es procurar un futuro digno para los educandos e inculcarles los principios de la fe para que los practiquen. Por ende hace falta un cierto conocimiento, mucha fe, confianza en la Providencia divina, amor inquebrantable y heroico por los jóvenes que, por el hecho de haber sido abandonados por todos, están expuestos a la corrupción y corren el peligro de perderse por siempre.

“Templanza y Trabajo”, 1907, N° 8, pág. 57.

### Principales normas de la educación

La religión no sólo forma parte de la vida moral, sino que es su fundamento, y es por ello que la primera obligación de los padres y de los formadores es inculcarla profundamente en el corazón del educando. Sólo la religión le proporciona al hombre la fuerza necesaria para llevar una vida moralmente buena. Por ese motivo los padres han de empezar tempranamente la formación religiosa de sus hijos, enseñándoles acerca de Dios, Padre y Creador de todo, que ve nuestros pensamientos más secretos, aborrece el mal y lo castiga. Acostumbrar a los hijos a orar, mediante palabras y ejemplos, constituye la primera y más importante obligación o, más aún, un hermoso privilegio del que gozan los padres.

La educación religiosa es el tesoro más perdurable que los padres pueden dejar a sus hijos. El niño, que debe aprender a aborrecer el pecado, a amar y temer a Dios, conservará un agradecimiento vivo a sus padres, quienes depositaron en su corazón la semilla de las virtudes que florecen sólo en la religiosidad verdadera y temor de Dios. Este temor es el comienzo de la sabiduría. Para engendrar la piedad en el corazón del niño, el ejemplo de los padres constituye el medio más importante e indispensable. Las palabras conmueven, pero los ejemplos arrastran.

En nuestros días, frecuentemente se oyen quejas de lo mal educada que está la juventud y de que aumenta la degradación de las costumbres. Y la culpa de ello la tienen, por sobre todo, los padres que no conocen los principios básicos de la educación. Al transmitir la vida

a sus hijos, el hombre y la mujer han de prepararlos para el futuro como impera la razón. Dios no les dio hijos para que hiciesen con ellos lo que les pareciera, sino que se los envió en cuidado, por lo que deberán rendir cuentas. También dispuso la indisolubilidad del vínculo conyugal para la correcta educación de ellos. Además el Salvador instituyó el sacramento del matrimonio y apoya con la gracia divina a los padres cristianos en este deber sagrado.

También va referido a los padres lo que dice Jesús en el Evangelio según san Mateo: *Todo árbol bueno produce frutos buenos y todo árbol malo produce frutos malos. Al árbol que no produce frutos buenos se lo corta y se lo arroja al fuego* (7, 17-19).<sup>24</sup>

Un individuo que procuró únicamente multiplicar sus propios bienes y pretendió honores o sólo pensó en cómo vivir frívolamente y cuidó apenas las buenas costumbres de sus hijos, tendrá una muerte intranquila e infeliz. Según san Pablo<sup>25</sup> la gente que vive de esta manera es peor que los paganos, y si no educa apropiadamente a sus hijos, aunque haya llevado una vida piadosa, haya rezado con frecuencia y haya acudido cada día a la mesa del Señor, estará condenada.

Los padres deben saber que con sólo educar a su prole, que son hijos de Dios en primer lugar,<sup>26</sup> alcanzarán la salvación.<sup>27</sup> Por lo tanto deben formarlos -bajo la pena de perder el reino de los cielos- según los principios divinos, es decir, *en el espíritu del Señor* (Ef 6, 4) desde su temprana edad, porque más tarde será difícil desenraizar los vicios e inclinarlos al bien.

La expresión “en el espíritu del Señor” comprende procurar las buenas costumbres en los jóvenes, enseñarles de palabra y obra cómo vivir, y ante todo, formarlos en el temor de Dios. Así procedía el justo Tobías cuando inculcaba permanentemente a su hijo este don de Dios y la manera de evitar todo pecado. Dicha instrucción da frutos abundantes y perdurables hasta la eternidad y deviene fundamento de la sabiduría verdadera.

Los padres deben enseñarles a sus hijos las principales verdades de la fe: que hay un solo Dios, Creador y Señor de todas las cosas; que Dios es justo, que

premia a los buenos con la vida en el cielo y castiga a los malos con el infierno; que Dios es uno en tres Personas, pero de única naturaleza; que Jesucristo, Hijo único de Dios, Palabra de Dios, se hizo hombre en el vientre de María, sufrió y murió por nuestra salvación.

Si un padre dijera que no conoce estas verdades, justificaría un pecado con otro pecado. Pues si alguien las desconoce, tiene la obligación de aprenderlas y luego transmitir las a sus hijos. Por otra parte, el deber de los progenitores es enviar a sus hijos a la escuela y a la iglesia para que adquieran este conocimiento, y ¡ay de aquellos padres! que los ocupan, en ese tiempo, con algunos quehaceres de la casa u otros mandados.

Los padres responsables enseñan a sus hijos las oraciones que debe saber cada cristiano, eso es el padrenuestro, el avemaría y el Credo; que al levantarse deben agradecer a Dios por haberse despertado sanos y ofrecerle todos los momentos agradables y los sufrimientos del día que comienza; pedir a Jesús y a la Virgen la protección para no cometer pecado en el transcurso del día; durante la jornada visitar a Jesús Sacramentado, rezar el santo rosario, hacer actos de fe, esperanza y caridad, y cada tarde, un examen de conciencia acompañado de contrición.

Algunos buenos padres oran diariamente con su familia y hacen una meditación, cumpliendo lo que enseña el Espíritu Santo: *Si tienes hijos, edúcalos y exígeles obediencia desde su niñez* (Eclí 7, 23). De esta manera acostumbran a sus hijos a emplear esos medios sagrados, incluso cuando lleguen a grandes. También los llevan a tomar la comunión y la confirmación, los incentivan a confesar los pecados y a comulgar una vez por semana. Dichos padres enseñan a sus hijos máximas y pensamientos sagrados como por ejemplo: “todo termina y la vida eterna queda”; “¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde la vida eterna?”. Los niños, al recordar estas frases, observarán siempre una conducta recta.

¡Ay de aquellos padres! que transmiten ideas pérfidas a sus hijos. Si les dan mal ejemplo, ¿cómo pueden esperar que vivan correctamente? A menudo sucede que un chico, al habersele reprochado una mala conducta, se justifica citando el mal comportamiento de su papá. Si el padre blasfema, se pasa todo el tiempo en el bar, bebe, roba o tiene conversaciones indecentes, sus hijos seguirán sus huellas. Esos

padres, debido a que cometen los mismos pecados, no tienen fuerza moral de amonestar a los hijos. Y por

<sup>24</sup> Véase, Ligorio Alfonso, Sermón, Domingo VII después de Pentecostés.

<sup>25</sup> 1 Tim 5, 8.

<sup>26</sup> 2 Mac 7, 22.

<sup>27</sup> 1 Tim 2, 15.

más que lo hagan no dará resultado, porque no dan el ejemplo y el hombre da más crédito a lo que ve que a lo que oye. Si el padre frecuenta los sacramentos, reza diariamente el santo rosario, es moderado en las palabras, evita discordias, no lleva conversaciones escandalosas ni murmura, el hijo imitará esas buenas actitudes. “De tal palo, tal astilla”, como dice el refrán. Casi todos los santos tuvieron padres santos y piadosos, o al menos lo fue la madre.<sup>28</sup>

Hoy contamos con menos santos, porque también son menos los padres piadosos y es menor la educación cristiana. La Sagrada Escritura advierte justamente: *Las obras de un hombre se revelan al fin de su vida. No proclames feliz a nadie antes que llegue su fin* (Ecli 11, 27-28).

Cada padre, madre y protector, sea creyente o no, desea tener hijos dóciles, formarlos para personas útiles en la sociedad y que lo cuiden en la vejez. Los chicos por falta de experiencia y de prudencia, o por abandono, no son capaces de responder a las exigencias de la vida y pueden causar daño a sí mismos y a otros y de esta manera podrían llegar a convertirse en oprobio para la gente y desgracia para la familia. Deben ser educados en la virtud de la obediencia, porque nuestro destino es cumplir siempre la voluntad del Padre y Señor y no la nuestra, condición para obtener la felicidad en esta vida y en la eterna. Sobre esto Dios advierte ya en el Antiguo Testamento: *No les des rienda suelta en su juventud, no sea que se vuelva rebelde y te desobedezca* (Ecli 30, 11-12) y en el Nuevo exige negarse a sí mismo como condición para la salvación: *El que quiera venir detrás de mí, que cargue con su cruz y me siga* (Mt 16, 24).

Por ende, quien quiera entrar en el cielo debe ser obediente al Señor y a todos aquellos que lo representan en la Tierra. Se ha de dar una educación cuidadosa para que el niño no haga su propia voluntad que, como sabemos, es debilitada por el pecado

<sup>28</sup> Markiewicz presenta ejemplos de padres eminentes y santos, cuyos hijos llegaron también a la santidad: santa Antaza con su hijo san Juan Crisóstomo; santa Abundancia con Benedicto y Escolástica; santa Dafrosa y sus hijas Bibiana y Demetria; santa Emilia que educó a cuatro santos: Basilio el Grande, Gregorio de Nisa, Pedro de Sebaste y santa Macrina; santos Gregorio y Nonna, cuyos tres hijos, Gregorio Nacianceno, Cesáreo y Gorgona eran santos; Mario y Marta, padres de san Audifaz y de Ábaco; San Ricardo y sus hijos santos Winebaldo, Willibaldo y Wardurga; santa Berta, cuyo hijo es san Ruperto; santa Mónica y Agustín. Menciona también a santos polacos de familias piadosas: Estanislao Szczepanowski, Jacinto, Ceslao, Bronislava, Casimiro, Juan de Dukla y Andrés Bobola.

original, sino la de Dios y así aprenda a negarse a sí mismo. El hecho de doblegar la voluntad del niño es lo más importante y a la vez, lo más difícil en la formación. Pero así se elevan grandes caracteres y se educan hijos para Dios y para el cielo. Se debe responder afirmativamente a los niños más grandes, que piden algo con razón, por ejemplo un cuaderno o una merienda, porque la negación injustificada despierta en ellos la terquedad, la malicia y la angustia que afectan el cuerpo y el alma.

En la educación se ha de evitar tanto la severidad como la atención excesiva. No obstante, es un deber apartar de ellos las ocasiones de pecado; por ello se les debe prohibir salir por la noche y visitar casas de reputación dudosa; juntarse con jóvenes de mala conducta; usar instrumentos musicales, armas u otros elementos que fomentan discordia entre personas; traer objetos robados, por ejemplo frutas; participar en bailes, fiestas y juegos escandalosos; tener libros, revistas y afiches peligrosos, sobre todo aquellos que difaman a la Iglesia y al clero, o los que describen amor sensual.

En conclusión, los padres deben amonestar a sus hijos si ven en ellos algún comportamiento indecente. La madre peca cuando ve y no reprende. Cuando uno se ahoga, se lo salva aunque sea de los pelos. Pues hay que hacer lo mismo en caso de amenaza moral, aunque a los niños no les guste. A veces se puede aplicar un castigo, con tal de no hacerlo en estado de ira, o proliferando maldiciones e insultos.

“Templanza y Trabajo”, 1909, N° 7, pág. 49.

### La educación del niño

Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó inclinada al mal. Es por eso que el niño no puede combatir esta inclinación con sus propias fuerzas, sino que necesita ayuda de Dios a través de la gracia y la del hombre por medio de la educación.

*No le des rienda suelta mientras es joven y no pases por alto sus errores, no sea que se vuelva rebelde y te desobedezca* (Ecli 30, 11-12). Este pasaje veterotestamentario significa lo siguiente: educa en la disciplina del Señor a tu hijo que recibiste de la Providencia divina; ya en su infancia instrúyelo en el cumplimiento de los mandamientos de Dios para que no tengas que lamentarte en el futuro, porque cuando es joven es más fácil curarlo de las debilidades de su naturaleza y doblegar su terquedad para que cumpla sus obligaciones, por más pequeñas que sean.

Además de la voluntad debilitada, herencia del pecado de Adán, los hijos heredan los rasgos fisonómicos, las imperfecciones de la constitución física y las flaquezas del espíritu, así como los defectos y las malas costumbres de sus antepasados. Es por ello que los descendientes de los progenitores afectados por el alcohol son más vulnerables al alcoholismo; los de los padres con tendencia al placer tienen mayores tentaciones a la concupiscencia de la carne; los hijos de los ladrones manifestarán inclinación al latrocinio, etcétera.

De forma semejante a un tratamiento médico, que puede curar muchas enfermedades, la educación frena el ímpetu de los vicios e incluso ayuda a poseer, en alto grado, las virtudes contrarias a ellos. Hacen mal los padres que no corrigen al niño y esperan que crezca para que decida por sí mismo lo que es bueno y malo, porque cuando tenga más de diez años será difícil encaminarlo, en especial si fuese ocioso y caprichoso, robara o cometiera otros hechos reprobables.

Muy poca prudencia muestran aquellos que adulan demasiado a sus hijos, hacen caso a sus caprichos, los desmoralizan enseñándoles palabras indecorosas e irrespetuosas y piensan que los niños no cometen pecado porque no entienden. Sin duda alguna esos chicos se convertirán en peligrosos delincuentes.

Los padres y los especialistas tendrán que hacer mucho esfuerzo para enderezar al adolescente que ha sido descuidado. Como dice el refrán: “El burro viejo difícilmente aprende manías nuevas”. Los delincuentes juveniles, minusválidos morales, que salieron de las prisiones, evidencian que es casi imposible cambiar las malas costumbres. Es por eso que la Sagrada Escritura enseña: *Inicia al niño en el camino que debe seguir, y ni siquiera en su vejez se apartará de él* (Prov 22, 6).

Mientras el río fluye quietamente se habrá de levantar un terraplén, porque cuando crezca desbordará y hará devastaciones. Debido a que la formación empieza desde el vientre materno, resulta de suma importancia toda la vida de los padres, sus primeros años de matrimonio y el transcurso del embarazo.

San Agustín cuenta que su madre, estando encinta, soportaba todas las dificultades y preocupaciones y las ofrendaba a Dios por él. La madre de san Bernardo, cuando estaba embarazada, oraba y comulgaba con más frecuencia para que Cristo derramara sobre su hijo abundantes manantiales de gracias y bendiciones.

Dios premió esta entrega porque los siete hijos que tuvo fueron muy santos. De allí viene el proverbio “mamó la santidad del pecho de su madre piadosa”. San Francisco de Sales aconsejó a Juana Francisca de Chantal encomendar a Dios, centenares de veces al día, el fruto de sus entrañas. Hay que empezar tempranamente la educación de los hijos, porque los primeros seis años de vida son los más importantes.

“Templanza y Trabajo”, 1905, N° 1, pág. 7.

### Las tareas de los niños

El hombre es el rey de la obra de la creación visible, a quien Dios había concedido el derecho y la responsabilidad de dominar sobre la Tierra, pues en primer lugar ha de tener el dominio de sí mismo, del cuerpo y de sus instintos. Hacia este buen fin debe llevarlo la educación en casa, por medio del empeño y el trabajo, soportando las dificultades, privaciones e inclemencias del tiempo como el frío, el calor y la lluvia. El trabajo constituye un medio necesario de subsistencia, salud, felicidad y un modo de mantener el equilibrio moral. Es un remedio prescrito por Dios contra las enfermedades y debilidades de nuestra naturaleza pecadora.

Se debe acostumbrar a los niños a trabajar. Primeramente hay que ocuparlos con juegos, posteriormente, con alguna pequeña tarea en forma de ejercicios recreativos y por último, con una labor en sí. Cuando no quieren cumplir con las obligaciones se les debe decir: *El que no quiera trabajar que no coma* (2 Tes 3, 10). No hace falta sobreprotegerlos, porque como a un retoño, les sobran energías, muchas más que a los adultos. Si están sanos, no se enfermarán por estar ocupados, más bien contraerán una enfermedad si son sobreprotegidos, si se exceden en las golosinas, si permanecen prolongadamente en la casa poco ventilada, si se quedan en cama, si no están en movimiento y no tienen una ocupación adecuada.

La vida del hombre es penosa y dura, es *una servidumbre sobre la tierra* (Jb 7, 1). Es por eso que a los chicos se los debe acostumbrar a esta vida y, con la ocupación permanente, prepararlos para que ella no los agobie ni hiera. Jesús dice no sólo a los adultos, sino también a los niños: *El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga* (Lc 9, 23). Por lo tanto la felicidad en este mundo y la eterna del niño dependen del trabajo, del cual no puede excusarse ningún estado, ni hombre y ni siquiera el niño.

## ¿Cuándo los padres deben enseñar la doctrina a los hijos?

La gente que fue fiel y obediente a la religión verdadera y a los consejos de la Escritura enseñó la doctrina a sus hijos desde la temprana edad. *Si tienes hijos, edúcalos y exígeles obediencia desde su niñez* (Eclí 7, 23). Tobías, que vivó según la ley de Dios,

instruyó a su hijo en el camino de Yahvé.<sup>29</sup> San Jerónimo envió algunos consejos a la viuda Leta para la educación de su hija, entre los cuales escribió que la madre, apenas su hija empiece a balbucear las primeras palabras, debe enseñarle, con mucha dedicación, cómo pronunciar el dulce nombre de Jesús. San Agustín narra que cuando era niño oía a su madre hablar sobre la vida eterna, que el Salvador obtuvo para nosotros con su venida a la Tierra.<sup>30</sup>

Actualmente, los chicos que empiezan la escuela ni siquiera saben hacer la señal de la cruz, porque sus padres no se la enseñan y se justifican, diciendo que de nada sirve hacerlo, puesto que no comprenden lo que significa. Con certeza podemos decir que es una postura errónea, ya que el niño tampoco entiende que debe tomar los alimentos y aun así se los damos por su beneficio.

La voluntad y los sentimientos que se desarrollan más precozmente que el entendimiento deben acostumbrarse al bien desde antes, y cuando el niño llegue al uso de razón se le explicará el porqué de todo esto. Es cierto que el pequeño no entiende el significado de las oraciones, sin embargo no las pronuncia sin sentido, siente que habla con Dios y lo adora. También siente que su vida depende de Él, del cual puede recibir algo. Y aunque por mucho tiempo no va a entender, por ejemplo lo que inspira la frase “santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino”, no obstante sabe que le pide al Señor por todo lo que necesita. A Dios le agrada más este tipo de oración que una plegaria de un hombre culto que ora mecánicamente y distraído.

Los padres tienen la obligación de procurar que florezcan las virtudes de la fe, la esperanza y el amor que su hijo recibió en el bautismo. Cuando el niño empieza a decir “mamá” y “papá” se lo ha de acostumbrar a pronunciar los santos nombres de Jesús y María, a orar por los padres, los hermanos y el prójimo, aunque sea con una sola palabra. Muy pronto

los papás verán cómo su pequeño, al ver una imagen de la Virgen María o de Jesús, sonreirá con alegría.

Cuando el chico empieza a caminar es el momento de enseñarle las correctas posturas piadosas: cómo arrodillarse, juntar las manos y pronunciar devotamente las palabras. Antes de empezar la escuela debe saber hacer la señal de la cruz y algunas oraciones como el padrenuestro, el avemaría, el Credo, los diez mandamientos y los siete sacramentos.

En este proceso ayudan mucho las conversaciones con los niños sobre los misterios de la fe que la Iglesia conmemora por medio de las fiestas y costumbres religiosas. En el tiempo de Adviento se puede comentar la espera de la venida histórica del Salvador, celebrada en el misterio de su nacimiento; explicar el sentido de la misa *Rorate caeli*,<sup>31</sup> de la novena antes de la natividad del niño Jesús y la forma de prepararse para esta fiesta.

El tiempo de Cuaresma ilumina para narrar la vida pública y la pasión del Señor y prepara para el sagrado Triduo pascual, la gloriosa Resurrección de Cristo y la Ascensión. Pentecostés, Corpus Christi y otras festividades cristianas más importantes son ocasiones para que los niños junten flores para llevar a una iglesia o capilla, para adornar el altarcito en la casa o las ermitas en las calles, las cuales justamente inspiran la contemplación de la religión y las fiestas cercanas. Los chicos educados en tal ambiente, al escuchar el tañido de la campana que convoca a rezar el ángelus, invitarán a los padres a orar.

Jesús aseguró más bendiciones allí donde se encuentren dos o más orando. Por este motivo se debe dar mucha importancia a la oración diaria por la mañana, la tarde y en la mesa, en especial con la participación de toda la familia.<sup>32</sup> Estas prácticas piadosas evitan que los mayores pierdan el tiempo en las tabernas y que los jóvenes vaguen por la noche.

Los padres son los primeros catequistas, apóstoles y misioneros, incluso de sus hijos que concurren a la escuela. Las clases de doctrina en el colegio e iglesia, las imágenes sagradas, el agua bendita, un crucifijo y

<sup>31</sup> Se celebraba de madrugada durante el Adviento en honor de la Virgen María, a partir del siglo XIII.

<sup>32</sup> Markiewicz menciona la obra intitulada *Recuerdos de Sopllica* de Enrique Rzewuski (1791-1866) en la cual el escritor narra las costumbres religiosas en las familias polacas, entre ellas el rezo del santo rosario y de las letanías a la Virgen María; oraciones por la Iglesia, por la conversión de los pecadores, por los enfermos, los difuntos y diversas necesidades.

<sup>29</sup> Tob 1, 1-13.

<sup>30</sup> Véase: *Confesiones*, Libro I, Cáp. XI.

otros objetos de devoción constituyen oportunidades que se pueden aprovechar para explicar las verdades de la fe durante el almuerzo y la cena.

Cada niño debe tener un ejemplar del catecismo católico y un pequeño devocionario, que le servirán en el colegio e iglesia para poder hacer bien el examen de conciencia y confesarse por motivos sobrenaturales. Los padres deben indicarle al niño lo que debe leer y explicarle las partes más difíciles. Además al estar presentes en la misa podrán ver cómo participa su hijo en la liturgia, para luego conversar con él sobre las lecturas y la homilía. Deberán, durante la preparación para la primera comunión, ayudarlo a despertar los actos de fe, esperanza y caridad, el dolor de los pecados, el propósito de enmienda y al regresar de la iglesia animarlo a leer vidas de santos. Este cuidado se ha de extender sobre los hijos adolescentes para que frecuenten asiduamente la misa y los sacramentos, amplíen sus conocimientos religiosos por medio de los diálogos, la lectura de libros y prensa católica.

Las conversaciones respetuosas en casa, la recepción de los sacramentos y una vida moderada y laboriosa de los padres dan los mejores frutos en la educación religiosa de los hijos, a quienes se les debe enseñar que: todo lo que no es pecado viene de Dios, nuestro mejor Padre, que ha creado de la nada el cielo y la Tierra y todo lo que hay en ellos; que Él da la vida a toda criatura y la sostiene; que nada escapa a su voluntad y nada sucede sin su consentimiento; que en sus manos también está nuestra suerte; que gracias a Él gozamos de buen tiempo y éxito en nuestras empresas; que el destino del hombre es la felicidad eterna; que se debe procurar, con todas las fuerzas, la salvación. *¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde la vida?* (Mt 16, 26); que nuestros esfuerzos deben tender principalmente a tener la conciencia limpia y a obedecer fielmente la voluntad de Dios, es decir, cumplir con las obligaciones que tenemos; que en la búsqueda de las cosas de este mundo no hay que descuidar las eternas, lo cual representa la mejor parte; que se debe actuar según la propia conciencia sin mirar la opinión de la gente; que en los momentos adversos se ha de poner toda la confianza en Dios. *El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor* (Jb 1, 21); que la mayor desgracia es un pecado mortal que nos priva de la felicidad perpetua y de la amistad con Dios, supremo bien en esta vida; que más vale morir que pecar; que el hombre ha de inspirarse en los motivos sobrenaturales, es decir, actuar por la fe y no por costumbre o por consideración a la gente; que

Dios premia solamente las obras buenas que hacemos en estado de gracia, por la fe y amor a Él.

No hay que elogiar ni premiar lo que no es virtuoso ni reprochar lo que no es pecado. Pero cuando el niño haya hecho una buena obra se la debe reconocer diciendo: qué lindo, Dios te lo pagará con el cielo, y, al ver un pecado, indicar que eso no es bueno. Cuando se le da un pancito o cualquier otro elemento personal se le debe desear, por ejemplo: que Dios bendiga este pan, que sea para su gloria y para nuestro bien.

Templanza y Trabajo”, 1905, N° 2, pág. 11.

### Educación de los niños desamparados

Pese a que el Hijo de Dios vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido, en nuestro país hay miles de chiquillos huérfanos y desamparados que no lo conocen. ¿Llegarán a gozar de esa redención que les había obtenido el Salvador? ¿Beberán de la fuente de la salvación, que mana para todos? ¿Podrán ser ungidos para que sean hijos adoptivos de Dios y alimentarse con el Cuerpo de Jesús en el sacramento del amor? ¿Qué camino tomarán en el futuro? ¿Serán fieles discípulos de Cristo o serán enemigos de la cruz? ¿Serán miembros útiles para la sociedad, o tal vez, oprobio y obstáculo de su progreso? ¿Entrarán en el reino de Dios? o escucharán: *¡apártense de mí!* (Lc 13, 27).

La respuesta a estas preguntas será dada por la sociedad o una asociación, al tomar la protección atenta y cuidadosa de miles de niños desamparados y educarlos para ser verdaderos seguidores de Cristo. Su suerte está también en nuestras manos y, sobre todo, en las que fueron ungidas para cuidar las almas. Si no nos ocupamos seriamente de su salvación perderán el fruto de la pasión y de la muerte del Señor. Muchos de ellos entrarán en las filas de los revolucionarios y más de uno perderá, para siempre, el goce de contemplar a Dios en el cielo. Y la culpa será nuestra por haber demostrado desidia y desinterés y por no haberlos recogido para que los educara gente con experiencia, la cual da pruebas evidentes de ser apta para dicha tarea. Muchos de los niños de la calle perderán la inocencia adquirida en el bautismo cuando alcancen el uso de razón, crecerán en los vicios, envejecerán en los pecados y morirán en ellos, porque nadie los condujo por el camino de las virtudes.

En Miejsce Piastowe se puede ver más que fehacientemente cuán grande es la miseria de los niños desamparados en nuestra patria. Allí hay

decenas de ellos, de aproximadamente 10 años de edad, que no saben a quién pertenecen, si están bautizados y cómo se llaman sus padres. Muchos de ellos habían sido encarcelados por hechos reprobables. Su porvenir depende de la educación en la infancia, pues un buen comienzo es garantía de un futuro digno; en cambio, es difícil que crezca un retoño sano cuando la raíz está podrida. La Sagrada Escritura advierte: *Es bueno para el hombre cargar con el yugo desde su juventud* (Lam 3, 27).

La educación forma la personalidad intelectual, moral y religiosamente. En su ancianidad el hombre será de acuerdo a cuál fue su educación en la infancia, como asegura la Biblia: *Inicia al niño en el camino que debe seguir, y ni siquiera en su vejez se apartará de él* (Prov 22, 6).

Muchos peligros y trampas amenazan la inocencia del niño. Si no lo colmamos con el temor de Dios, si no le inculcamos el rechazo del pecado, si no grabamos en su alma los firmes principios de la fe, ¿cómo se va a defender de las malas inclinaciones? ¿Quién, si no se hace cargo la sociedad que es su único refugio, le dará educación cristiana? Si ella lo abandona será cómplice de su perdición y tendrá que rendir cuenta ante Cristo, que tanto ama a los pequeños y se preocupa por ellos. ¿Qué se puede esperar del hombre que nunca en su vida se sintió feliz por ser inmaculado, que no tuvo la esperanza de poseer la vida eterna y no creyó que hay premio y castigo eterno?

Dice san Agustín que Jesucristo, Rey del universo, tiene amor de predilección por las almas puras. ¿Y cuál alma puede ser más pura que la de un niño, que después de haber sido lavada del pecado original en el bautismo no fue manchada con pecado personal? Esta alma es templo del Espíritu Santo que goza de habitar en tal morada.

Un día -comenta el evangelista Marcos- llegó una gran multitud donde estaba Jesús, y las madres con sus hijos se amontonaron alrededor de él, pidiendo que los tocara. Cuando los discípulos, en un celoso servicio, lo interpretaron como una impertinencia y las reprendieron, Jesús, para gran alegría de ellas, dijo: *Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan* (Mc 10, 14).

Hoy estas palabras resuenan para nosotros de la misma manera. No los desprecien pues los amo sobre todos los demás, ya que para entrar en el reino de los cielos se debe ser como niños, y si ustedes me aman los cuidarán. No desprecien a ninguno de estos

pequeños. *Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo* (Mt 18, 10; Mt 25, 40). Si meditamos profundamente sobre esta enseñanza vamos a entender que la educación y la santificación de los niños desamparados es la mejor garantía del amor y de las bendiciones de Jesús. El trabajo con los niños trae más provecho y alegría que con los adultos.

Nunca debemos dudar de la salvación de un alma, aunque esté atascada en el pecado, porque el poder de la gracia de Dios es inconmensurable y su misericordia es infinita. Pero algunas personas llegaron a cierta edad con el prejuicio de la incredulidad, se resisten a la conversión, viven en la ignorancia religiosa y se oponen a que alguien las ilumine; la indiferencia religiosa se convirtió en su segunda naturaleza y su corazón y mente permanecen encerrados e impenetrables para las cosas de Dios.

Un anciano que llevó una vida desordenada se salvará por la gracia de Dios y el trabajo que lo hizo cambiar, sin embargo no se puede recuperar el tiempo perdido, las gracias desaprovechadas y el vacío que se habrá producido en su larga vida, sin méritos para la eternidad.

No es así el niño, quien no muestra resistencia alguna, aunque exige paciencia y entrega por la inconstancia propia de esa edad. Su alma es como la tierra sin arar, que hay que saber labrar para que dé frutos abundantes; es como un arbolito que se puede doblegar y acepta la forma y dirección que se le quiere dar. El corazón de esa criatura no fue manchado aún con ningún sentimiento pecaminoso y se abre para cada afecto noble y puro. El chico cree en los mayores y el impulso religioso lo atrae hacia el sacerdote para recibir confiadamente la fe.

Si con piedad le hablas de Dios, que por amor al hombre vino del cielo y murió en la cruz, muy fácilmente llegarás al corazón de esa criatura, despertarás en ella el agradecimiento, el amor y el temor de Dios y la compasión por los que sufren, porque la gracia del bautismo engendró en ella todas las virtudes cristianas. Muchas son las alegrías que vivirás como educador, al ver los abundantes frutos de tu trabajo que dan los niños que te han sido encomendados. Cuando trabajas afanosamente sobre el alma del niño santificas toda su vida, depositas las semillas de buenas obras y te haces partícipe de sus méritos.

Así como Abraham es padre del pueblo de la Antigua Alianza, de un solo niño bien educado podrán salir generaciones de buenos cristianos. Tal vez, en este pequeño rebaño, que se agrupa entorno a ti, hay muchos que Dios eligió y predestinó para grandes cosas. Podrán ser maestros con vocación, valientes defensores de la patria, obreros honestos y laboriosos, grandes hombres de acción, mujeres santas en diferentes campos de actividad y sacerdotes que, llenos de espíritu apostólico y de abnegación, conquistarán miles de almas para Dios. Y aunque ninguno de los chicos que Él te encargó llegue a ser un hombre virtuoso, tu trabajo celoso será el camino más seguro para la renovación de la sociedad. Hoy estos niños se inspiran en ti, para luego transmitir modos de proceder y buenas costumbres a otros, a sus hijos y ellos a otras generaciones. De esta manera se afirmarán las tradiciones y se formará una cadena de virtudes que tú sembraste y que florecerán en el futuro.

Con estas explicaciones entenderás más fácilmente por qué los más grandes santos de la Iglesia y los más flamantes intelectuales cristianos se dedicaron con tanto amor a la educación de la juventud. Hombres como san Jerónimo, san Agustín, san Vicente Ferrer, san Jacinto, san Juan Cancio, san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, san José de Calasanz, san Andrés Bobola, san Josafat Kuncewicz y otros más, que a pesar de ocupar altos cargos, llevar múltiples asuntos y poseer muchos conocimientos, nunca descuidaron el trabajo con los niños, más bien lo tomaron como agradecimiento por sus capacidades y como la mejor forma de haber aprovechado el tiempo que habían recibido de Dios.

Dice san Francisco de Sales que los ángeles custodios aman de manera especial a los que educan a los niños en el temor de Dios y en la santa piedad.

Aquellos que moral o materialmente apoyan los institutos de educación para huérfanos, niños pobres y desamparados forman parte de los méritos de los educadores y de las generaciones que fueron educadas con esa ofrenda. ¡Cuánto bien puede hacer un educador a través de ese humilde servicio, y cuánto los bienhechores que ayudan a los institutos para chicos pobres!

“Templanza y Trabajo”, 1903, N° 10, pág. 73.

La principal columna de la existencia y del poder de las naciones

La existencia y el poder de las naciones los sostienen cinco columnas, a saber la fe, la literatura, la historia, la política y las estructuras sociales. La primera y más importante es la fe, es decir, la fe verdadera, fundamento, esencia y condición sine qua non para las demás. Sin embargo, hoy en día, en la vida pública y en las escuelas estatales apenas se la tolera. Es por eso que en el mundo reina el desorden social.

Cuando en la política, en la escuela y en las relaciones humanas se dé primacía a la fe, veremos enseguida sus magníficos y agradables frutos. Nuestra fe no es una suposición, sino una verdad cierta e irrefutable. Ella es foco de luz preclara, el tesoro más grande, inestimable don de Dios y fuente de todo goce y de la salvación. Ella nos enseña, de modo explícito y único, cómo responder a la voluntad del Creador y cómo tener trato con la gente para su bien y para nuestra felicidad en la Tierra y en el cielo.

Dios vino al mundo para enseñarnos cómo vivir y actuar y dejó este legado a la Iglesia católica, la única intérprete y depositaria de esa enseñanza. Debemos construir todos nuestros esfuerzos y empresas sobre la fe para que no nos venza ningún poder. De esta manera se resolverán también nuestras cuestiones más difíciles, mejorarán nuestras relaciones nacionales e internacionales y miraremos tranquila y confiadamente la eternidad.

Algunos de nuestros compatriotas procuran un mayor bienestar para la sociedad, el desarrollo de la industria, de la educación y del arte. Sin embargo tendrán mayores méritos ante la patria y el mundo entero aquellos que difundan la fe como fundamento, marco, esencia, contenido, el más alto ideal y condición indispensable para toda actividad.

Hemos de procurar que millones de personas no carezcan de la palabra de Dios, erradicar la enseñanza escolar que se inspira en una filosofía que no reconoce a Dios, introducir en su lugar los principios de la pedagogía cristiana y renovar la sociedad y sus leyes en el espíritu de Cristo.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 4, pág. 25.

### La importancia del trabajo físico

Cada persona es creada a imagen y semejanza de Dios. Puesto que Dios es acción permanente, el



hombre debe tender sin cesar a unirse a Él. Ha de trabajar toda la vida con su cuerpo, alma y mente, porque es creado para cumplir con el triple trabajo: físico, espiritual e intelectual. Ya en el paraíso antes de la caída tuvo la obligación de trabajar como dice la Sagrada Escritura: *El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y cuidara* (Gn 2, 15). Ese trabajo no era penoso ni desagradable y fue como comer, beber o descansar. Después de la caída, Dios impuso al hombre el trabajo penoso, en el espíritu de penitencia, como expiación de la pena merecida: *Con fatiga sacarás del suelo tu alimento* (Gn 3, 17).

Cuando el pájaro no puede volar porque está enjaulado pierde la alegría, deja de cantar y está triste, de igual manera el hombre desocupado se aburre y añora trabajar. El trabajo manual o físico previene el aburrimiento y el ocio que *enseña muchas cosas malas* (Ecli 33, 28) y origina sobre todo los pecados impuros.

Queridos padres y madres, que deliberan sobre cómo hacer para que sus hijos, que frecuentan la escuela, no pierdan las buenas costumbres: procuren introducir talleres en esa institución y eliminar las materias que les hacen perder la moral.

*Es bueno para el hombre cargar con el yugo desde su juventud* (Lam 3, 27), porque la actividad física desarrolla las fuerzas del niño y fortalece su salud, que después de la gracia de Dios, es el mayor bien en la Tierra; ya que sólo en un cuerpo sano hay una mente sana y hábil. El trabajo multiplica el sueño sereno, refrescante y profundo, según enseña la Sagrada Escritura: *dulce es el sueño del trabajador, ya sea que coma poco o mucho* (Ecl 5, 11), y el hombre cansado duerme profundamente y no piensa en aventuras nocturnas y juergas que son peligrosas para el cuerpo y el alma. El sueño apacible y la salud no se compran con oro ni plata, sino con labor y esfuerzo.

El trabajo físico nos impide codiciar y robar los bienes ajenos. Cuando san Pablo enseña *que sea cuestión de honor para ustedes trabajar con sus propias manos* (1 Tes 4, 10), dice que a causa de la indigencia que frecuentemente acompaña a la pereza, no codiciemos ni nos apropiemos de las cosas ajenas. Trabajando físicamente nos humillamos ante Dios, expiamos nuestras culpas y nos deshacemos de la pena merecida por nuestros pecados, cumpliendo de esta manera con una especie de purgatorio. También ganamos las gracias divinas y los méritos para la vida eterna. Con el trabajo físico el hombre puede alimentarse y

sostenerse no sólo a sí mismo, sino a miles de personas, asemejándose de esta forma a Dios, que es misericordioso con los buenos y malos.

Este trabajo ennoblece el alma y la eleva a las realidades en su significación eterna, sin embargo aquí se lo desprecia. Miles de personas pasan días enteros, semanas y meses en la holgazanería. Inclusive los obreros y los agricultores se avergüenzan de cumplir esta actividad y todos prefieren trabajos detrás de escritorios, más bien, la vagancia. Decayeron, en efecto, la agricultura, la industria y el comercio; el país se empobrece cada día más; en algunos distritos más de la mitad de la tierra pasó a manos de gente extranjera, de otro idioma y credo, que se adueñó de todas las viviendas en las ciudades.

Desde los primeros tiempos de la humanidad Dios advierte: *no detestes los trabajos penosos ni el trabajo del campo, creado por el Altísimo* (Ecli 7, 15), es decir, el cual fue indicado en el paraíso antes de la caída del hombre. Al llegar la plenitud de los tiempos, baja a la Tierra, se reviste de naturaleza humana, trabaja físicamente como carpintero -que era un oficio para la gente de clase más baja- y es llamado por todos, artesano. *¿No es acaso el carpintero?* (Mc 6, 3). Este que se hizo hombre, con su ejemplo eleva, ennoblece y consuela a los obreros en sus esfuerzos. El mundo pagano y el paganizado de nuestros tiempos se atreven a despreciar lo que hacía Dios, quien creó el mundo y *suspende la Tierra sobre la nada* (Jb 25, 7), es decir, que la gobierna fácilmente.

¡Asómbrense los cielos y la Tierra! ¿Quién iba a pensar que viviría así éste, en el cual se cumplieron todas nuestras esperanzas? Suena casi incomprensible, y sin embargo es el Hijo de Dios, él, quien podría haber entrado en el templo de Jerusalén para que la gente lo escuchara y admirara su sabiduría divina; él, quien podría haber enseñado a los sabios y reyes el arte de gobernar; él, quien podría haber difundido la gloria de Dios en todo el mundo y salvar a la gente. Sin embargo llevó una vida oculta, trabajando casi treinta años, a pesar de que sus parientes le decían que apareciera ante el mundo.<sup>33</sup> El ejemplo de Jesús nos muestra cuán provechoso y digno de honor es el trabajo manual que ha de ser fundamento de la educación de la juventud cristiana.

El más grande de los apóstoles, san Pablo, que también trabajó para sostenerse y no ser carga para nadie, anima a los fieles a que lo imiten: *que sea*

<sup>33</sup> Jn 7, 3.

*cuestión de honor para ustedes trabajar con sus propias manos* (1 Tes 4, 10), porque: *el que no quiera trabajar, que no coma* (2 Tes 3, 10).<sup>34</sup>

Para lograr el desarrollo de la agricultura, comercio e industria, un mayor bienestar nacional, la elevación de la moral verdadera en particular y para evitar la expropiación a manos de los extranjeros, es necesario introducir talleres en las escuelas básicas y secundarias. El futuro nuestro será el reflejo de la juventud que educamos ahora. Yo, desde hace diecisiete años, veo cómo en Miejsce Piastowe la apicultura, horticultura y agricultura hacen desarrollar, de modo admirable, la mente y la voluntad de los jóvenes.

Ni las asociaciones secretas ni la diplomacia ni los complots ni las manifestaciones ni los ejércitos millonarios ni los autores paganos, que están sobre arenas movedizas levantarán nuestra patria, sino la educación y las escuelas basadas en la roca, es decir, los fundamentos divinos inamovibles. La fuerza renovadora ha de nacer de nosotros mismos.

“Templanza y Trabajo”, 1908, N° 11, pág. 81.

#### Trabajo en el campo

El trabajo del campo, al cual pertenece no solamente la agricultura, sino también la horticultura, fruticultura, selvicultura, apicultura, cunicultura, avicultura y ganadería, es muy necesario y provechoso para la sociedad y para cada individuo que se dedica a esta actividad, porque provee el alimento y los objetos necesarios para su vida. Sin esta ocupación pasaríamos a menudo hambre, frío y muerte precoz. Esta labor garantiza el sostén más seguro para los que la llevan a cabo. Cuando el trabajo fabril se interrumpe a causa de una huelga, incendio, colapso o especulaciones en la bolsa, la labor campestre continúa. Cuando los profesionales con títulos están desocupados y con frecuencia deben remediar diferentes necesidades, los obreros del campo encuentran siempre una ocupación y no padecerán hambre, en la medida en que sean honestos.

<sup>34</sup> Markiewicz dice que los trapenses hacen trabajos físicos durante tres horas diarias. También presenta otros ejemplos de laboriosidad: san Martín, obispo; san Fulgencio, abad; san Malaquías, arzobispo; san Juan Damasceno; san Antonio de Padua, doctor de la Iglesia; san Francisco y santa Clara; santa Catalina de Siena; san Francisco de Borja y san Vicente Kadábek, obispo y religioso.

Esta actividad no es tan estresante como la de fábricas y talleres, y por ende es más llevadera. Por realizarse al aire libre, que es puro, contribuye al desarrollo de las fuerzas físicas y a la salud. Puesto que depende del clima y de la acción directa de la Providencia divina, hace que sus trabajadores se dirijan con más frecuencia a Dios y los predispone a una vida más piadosa que a aquellos dedicados a otras ocupaciones y empleos. Expone menos a los peligros y tentaciones, alborotos, ruidos y corrupción existentes en los centros industriales y en las ciudades. *Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?* (Mt 16, 26).

Mientras que los campesinos abandonan sus aldeas y van a las fábricas y ciudades para tener mayores ganancias y mejores comodidades, falta mano de obra para las labores agrícolas, y a la vez, los gobiernos urbanos no pueden resolver la excesiva pobreza causada por esa inmigración. Si no prevenimos estas irregularidades crecerá descontroladamente el número de fábricas, la inmigración fabril y la de los artesanos mendicantes.

Para evitar esas consecuencias se debe privilegiar el sector agrícola en los institutos para juventud pobre, los cuales están bajo administración nacional y luego enseñar profesiones manuales y otras asignaturas. Hoy sólo el oficio manual y la labor en el campo proporcionan un sostén seguro. Por consiguiente, los obreros campesinos con oficio podrán sostenerse más fácilmente y fortalecer la agricultura, que constituye el motor para la economía de la sociedad.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 1, pág. 1.

#### Trabajo espiritual

El intelecto iluminado por la fe, la cual tiene irrefutables pruebas de su autenticidad, nos enseña que el destino final del hombre no es este mundo, sino la vida con Dios en la eternidad. Esta voz suscita en el hombre el espíritu de trabajar con todas sus fuerzas y con toda su alma, para alcanzar este fin, que es el reino de Dios, es decir, todas las alegrías, los honores y las gracias. Quien los alcanza, o al menos los tiene como aspiración sincera, obtiene los bienes más sublimes que están preparados para el hombre en este valle de lágrimas, a saber la satisfacción interior, la tranquilidad de la conciencia y la paz indecible por poseer la mayor sabiduría. Esa dicha interior es una recompensa más que abundante en esta misma vida, es decir, el paraíso terrenal y el anticipo del cielo. Debemos hacer mucho esfuerzo para conocer el

camino y los medios que nos permiten alcanzar esa felicidad y para descubrir sus obstáculos y amenazas.

Antes de la venida de Cristo, un hombre culto escribió sobre este sabio comportamiento: *Prefería la Sabiduría a los cetros y a los tronos y tuve por nada las riquezas en comparación con ella. La amé más que a la salud y a la hermosura. Junto con ella me vinieron todos los bienes; aunque ignoraba que ella era su madre. Porque ella es para los hombres un tesoro inagotable: los que la adquieran se ganan la amistad de Dios* (Sab 7, 7-14).

La instrucción religiosa debe comenzarse con los niños católicos lo más tempranamente posible, siendo mejor antes de que sepan distinguir entre el bien y el mal. A los jóvenes se les ha de enseñar no sólo las fórmulas, sino que hay que darles testimonio permanente, observando los principios morales en cada trabajo, ya sea físico o intelectual. Porque todas las cuestiones del hombre deben, en definitiva, aspirar al fin eterno.

Ninguna filosofía ni ciencia podrá sustituir la fe y la educación fundada en ella. Sin religión y esfuerzo no hay moral. La persona que rechaza el trabajo espiritual no es capaz de refrenar su imaginación apasionada, ni los sentimientos de su corazón endurecido y se hace esclavo de sus concupiscencias y pasiones no dominadas. De esta manera, ya en esta vida, se priva del amor puro de Dios y del prójimo y carga su corazón con tormentos infernales: odio, envidia, codicia, venganza, hipocresía, bajas avideces que la empujan adonde no quiere la mente, como decía Ovidio, un poeta pagano: "Veo lo que es mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor".<sup>35</sup>

El hombre que vive de la fe y aplica los medios que provee esta virtud, confiesa lo contrario: hálbame, Señor, muéstrame tu voluntad y haré todo lo más fielmente posible, porque tú eres digno de todo mi servicio; me has creado y me has redimido no con oro, sino con tu sangre santísima; dignate ayudarme con tu gracia para que pueda cumplir todo lo que me propongo; estoy dispuesto a sacrificar mis bienes, mi honor, mi salud y hasta mi vida si ésa es tu voluntad. Cuando este hombre cae esporádicamente a pesar de sus buenos propósitos, pide pronto perdón a Dios, a veces llorando se humilla en el sacramento de la confesión, hace penitencia, expía las culpas y cumple más vivamente sus deberes.

En la educación de los jóvenes, tanto los padres como los protectores y los formadores deben tener en cuenta la formación espiritual especialmente. Cuanto más testimonio den; cuanto más se acerquen al modelo que nos dejó el Salvador, al de sus apóstoles y al de millones de santos mártires que hacen milagros y signos prodigiosos; cuanto más instruyan a los jóvenes en las realidades reveladas para despertar la fe verdadera en ellos; cuanto más recen con ellos antes y después de cada actividad; cuanto más frecuenten los sacramentos, tanto mejor y más honesta será la juventud que educan. Si la juventud no es debidamente formada espiritualmente, entonces a pesar de poseer gran ciencia y conocimiento de oficio, se unirá a las revueltas, se perderá ella misma y hará que se pierdan otros.

"Templanza y Trabajo", 1908, N° 12, pág. 89.

### Nuestras estrellas guías

Todo hombre procura crear en su imaginación modelos perfectos de verdad, belleza y bondad, a los cuales tiende a acercarse e imitar. Imagina también un ideal de esposa o esposo, de ciudadano y de sacerdote. Si los ideales son más altos y más acordes a la verdad, belleza y bondad, la gente que los busca lleva una vida más perfecta y más cercana a la Verdad, a la Belleza y a la Bondad, es decir, el ideal no creado que es el mismo Dios. El hombre es tal cual su ideal.

Cada educación se basa principalmente en la creación de los ideales. En la escuela y en la casa ofrecemos ejemplos de perfección y animamos a los niños a imitarlos. Dado que su mente es como una hoja

limpia, no escrita, y como cera susceptible y blanda, la información que les damos se graba fácilmente en ellos y queda para el futuro, e incluso para la eternidad. Por lo tanto se los debe ayudar con mucho cuidado a crear sus ideales, que serán estrellas guías para toda su vida. Porque, como sabemos, no todos los astros pueden representar señales de ruta y algunos podrían llevar por mal camino.

Según el pensamiento cristiano el más pobre tullido, que sufre y vive a costa del Estado, tiene el precio de la sangre de Cristo, es decir, que vale más que el mundo entero. Nadie es creado para sí mismo ni para otros, sino para Dios. Por ende el cristiano, inclusive enfermo incurable, no pierde la paz interior, no atenta contra su vida porque tiene esperanza. Llama a Dios, Padre bondadoso, que nos amó con amor eterno y hasta el extremo y cuando llegó el tiempo entregó a su Hijo para hacernos felices. Él es tan misericordioso



que es capaz de perdonar todos los pecados cuando ve nuestro corazón contrito.

Que no nos ilusionen los esplendores exteriores ni los poderes físicos. La verdadera fuerza de cada individuo y de una nación no descansa en las riquezas exteriores ni en los mercenarios armados, sino en la formación del espíritu. Las bayonetas no salvan al mundo, sino la fe. La nación que se funda y es fiel a la religión verdadera nunca decaerá, porque esa religión es el más firme pilar de los pueblos.

Sólo el cristianismo, es decir, Jesucristo y sus principios llevados a la práctica salvarán al mundo, ahora y siempre. Para ello, uno de los mejores medios lo constituye la escuela donde se ha de enseñar sólo las obras de autores clásicos verdaderamente cristianos y de los nacionales. Se debe despaganizar el mundo.

“Templanza y Trabajo”, 1899, Nº 4, pág. 26.

La finalidad de las escuelas secundarias y superiores.

Un individuo que terminó la escuela secundaria es considerado apto para prepararse en cualquier profesión vinculada a cargos conducentes en la sociedad como sacerdote, maestro de escuela, médico, jurista, ingeniero o literato. Los que desean ocupar tales puestos deben conocer profundamente la historia y los logros de la ciencia humana en grado general, así como saber promover la cultura moderna, la formación moral, la instrucción intelectual y el progreso económico.

Hoy las personas que terminaron los estudios superiores y ocupan los primeros puestos en la sociedad son muy supersticiosas y cometen, ostensiblemente y sin avergonzarse, graves errores contra la moral. Hago referencia a la teoría de la superioridad de los países que hacen conquistas y de la prioridad de la fuerza ante la ley, sin mencionar otros absurdos. Estos graves errores contrarios a la verdad y a la moral, que cometen públicamente los dirigentes de la sociedad, desencadenarán tragedias como las que ya ocurrieron en la historia de la antigüedad. Las escuelas secundarias mal organizadas son causa de esta situación, particularmente por la enseñanza de las obras de autores paganos.<sup>36</sup>

<sup>36</sup> Markiewicz menciona a Homero, Sófocles, Horacio y Demóstenes. Alude también a Nicolás Maquiavelo, un filósofo italiano del Renacimiento, y a Federico Hegel.

Yo, que desde niño fui formado en Skarga<sup>37</sup> y Krasicki,<sup>38</sup> cuando tuve 18 años no me satisface con los libros de la escuela, sino que leí obras importantes de historia y ciencias naturales de autores griegos y latinos en alemán. En consecuencia, perdí la fe en Dios y la armonía interior, cuya ausencia me quitó la serenidad y tranquilidad del alma. Pero en breve, ansiándolas, volví a leer las obras de los escritores nacionales más reconocidos, quienes poco a poco calmaron el desgarramiento de mi alma. Y por fin, cuando estaba leyendo una novela escrita por José Korzeniowski,<sup>39</sup> caí de rodillas y comencé a orar a gritos: ¡Oh Dios, si existes déjame conocerte, estoy dispuesto a hacer todo por ti! En aquel mismo momento Dios me colmó de un resplandor interior que me hizo aceptar todo lo que la Iglesia santa enseña a creer y, el mismo día, hice la confesión de los pecados de toda mi vida. Y desde entonces ya son 41 años que en mi interior reinan la tranquilidad y serenidad permanentes.

Las materias de escuela despiertan en la juventud sentimientos y pensamientos acordes a las mismas asignaturas. Los pensamientos conciben inspiraciones para la creación de obras que encadenan o libran, despiertan capacidades y desarrollan la mente de los individuos e inspiran los emprendimientos y progreso en todos los campos de la vida humana.

En las escuelas se ha de limitar, o mejor aún, suspender la transmisión de los pensamientos de los sabios de la antigüedad y enseñar ampliamente la literatura nacional, historia universal, geografía, ciencias naturales, matemática, lógica y la doctrina católica. Este sistema de enseñanza es sabio, acorde a los tiempos de hoy y auténticamente moderno.

“Templanza y Trabajo”, 1901, Nº 11, pág. 81.

\*\*\*\*\*

<sup>37</sup> Pedro Skarga (1536-1612), jesuita, considerado el más grande orador polaco de la historia.

<sup>38</sup> Jan Krasicki, escritor polaco, autor de poemas heroicocómicos y novelas. Príncipe, obispo de Warmia y arzobispo de Gnesna. Es el representante más destacado de la Ilustración en Polonia, preocupado por los problemas urgentes de la nación.

<sup>39</sup> *La casa de la esquina*.